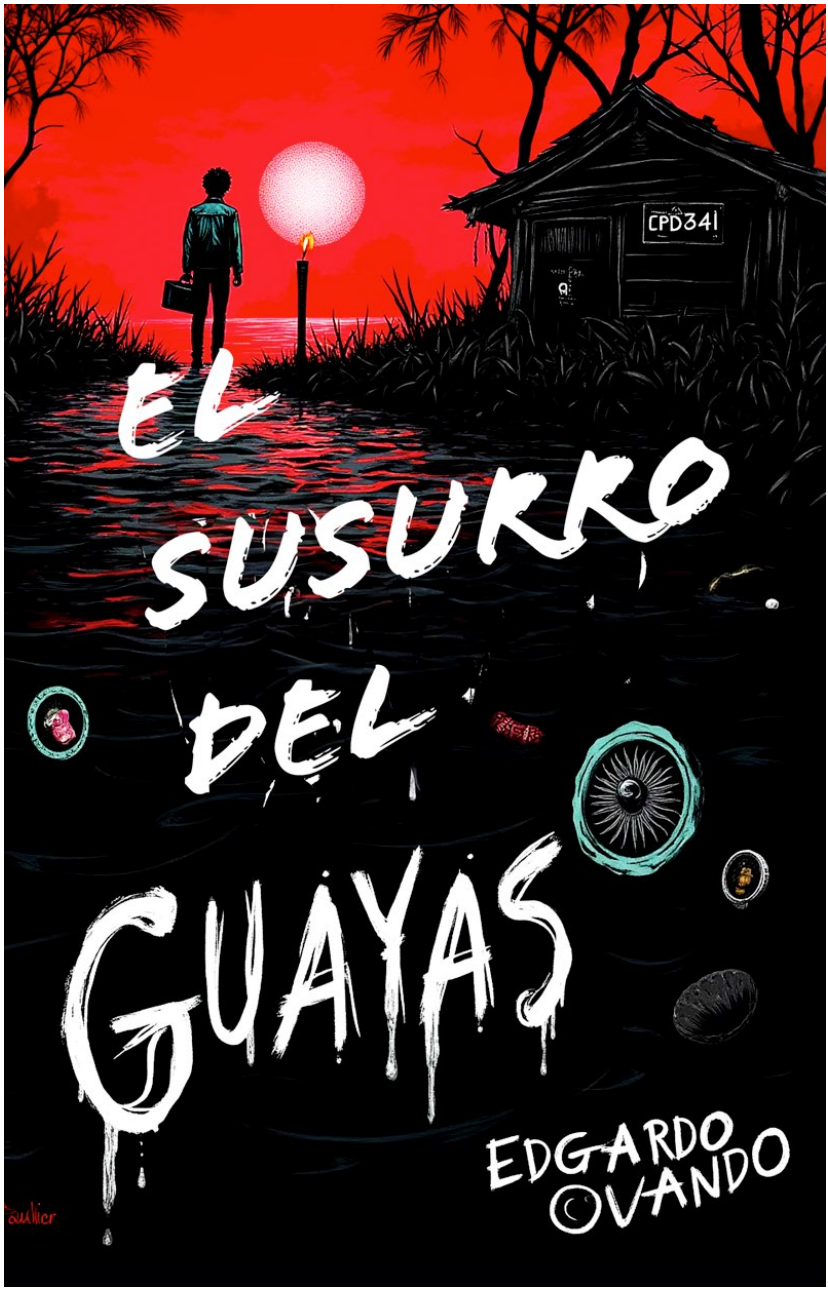
CPD341
EL SUSURRO DEL GUAYAS
EDGARDO OVANDO

EL SUSURRO DEL GUAYAS

EDGARDO OVANDO

Edited by
AKASHIC MEDIA RECORDS

El Susurro del Guayas

Copyright © 2025 by Edgardo Ovando

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en artículos críticos y reseñas.

Mapa interior: Basado en croquis anónimos encontrados en el malecón de Guayaquil.

Primera Edición: 14 de marzo de 2004

Segunda Edición: 21 de Septiembre 2025 (16.666 palabras)

Para permisos de traducción o adaptación, contactar al autor o a su agente representante.

A los que cargan culpas que no nombran,
a los ríos que no perdonan,
y a Clara, que sigue susurrando desde el agua.

“El río no miente, pero tampoco salva.
Solo nombra.”

ANÓNIMO

ÍNDICE

Avant-propos
Introducción
Prefacio
INCONSCIENCIA

1. La Maldición del Mensajero
LA REACCIÓN
2. La Choza que Respira
LA CONJETURA
3. El Umbral del Abismo
LA CONSECUENCIA
4. El Precio de la Verdad I
5. El Precio de la Verdad II
INTEGRACIÓN
6. El Peso del Recuerdo
7. F i n

Postfacio
Agradecimientos
Acerca del Autor
Notas Finales
Reseñas

AVANT-PROPOS

Este libro es un río. No lo lees, te arrastra. Guayaquil respira en estas páginas, con su aliento de diésel, manglar y sangre seca, un dios que escribe destinos en el lodo. Renato, la Yerbatera, Ariel, Clara: no son personajes, son ecos de un Guayas que no olvida. Escribí esto porque el río me lo susurró, y no pude callarlo. Cuidado, lector: el agua te está mirando.

INTRODUCCIÓN

"El Susurro del Guayas" no es solo un relato noir; es un conjuro, un poema roto que sangra con la furia de Guayaquil. Renato, un chileno perdido en el calor espeso del trópico, carga una maleta que no es suya, un tatuaje que lo condena, y una culpa que no explica.

La ciudad lo envuelve, con su hedor a diésel, manglar y jazmín podrido, mientras el río Guayas lo nombra: *Renato, huevón*. La Yerbatera, una figura mítica que machaca hierbas y verdades, lo guía y lo atrapa. Ariel, un aliado que no es amigo, juega doble en un tablero de traiciones. Y Clara, la sombra que respira en su piel, lo lleva al borde del abismo.

Esta novela es un viaje a las entrañas de una ciudad que no perdona, donde cada calle es un verso, cada brisa un cuchillo, y cada elección un veredicto.

Prepárate, lector: el río no miente, pero tampoco salva.

PREFACIO

Guayaquil es una bestia viva, un laberinto de venas abiertas donde el Guayas murmura veredictos. Este relato nació de un sueño roto, de un tatuaje que quema, de una maleta que pesa más de lo que debería. Renato no es héroe ni villano, es un hombre atrapado en un juego que no entiende, un peón en un tablero donde el río mueve las piezas.

Aquí no hay redención fácil, solo verdades que cortan como machetes. Si entras, no mires pa' atrás: el Guayas te sigue.

INCONSCIENCIA

PARTE I

1

LA MALDICIÓN DEL MENSAJERO

El Umbral Roto

El sol aplastaba Guayaquil como una plancha de fuego blanco; el asfalto se abría en lenguas negras que se pegaban a los zapatos. El aire era un caldo espeso: diésel recalentado, pescado al sol, mango reventado pudriéndose en la cuneta. La ciudad respiraba hondo, contando a los que entran y a los que no salen.

Renato cayó del bus como si lo hubieran escupido. En la mano, la maleta: cuero cuarteado, un tajo blanco cruzándole el costado, cicatriz de cosa viva. No la había empacado él, pero el asa le mordía los dedos con familiaridad. Pesaba como muerto que aún suspira.

—¿Qué mierda llevai ahí, huevón? —pensó—. ¿En qué chucha te estai metiendo?

La cabeza se le llenó de boletos arrugados: Santiago–Arica, Tacna, Piura, Tumbes, Huaquillas. Un viaje coartada que ni él se lo creía. Entonces lo golpeó de lleno el olor: salitre podrido, mangle negro, gasolina rancia. Renato, resonó por adentro, y el tatuaje de su antebrazo —¿nombre, condena, Clara?— ardió como moneda al rojo.

¿Quién es Clara?

Calles con herrumbre y polvo; casas con pintura descascarada, costras viejas sobre madera cansada. La gente se movía con esa calma de quien sabe que el calor siempre gana. Un perro flaco lamía un charco negro y levantó la vista: lo miró como a alguien que vuelve a la escena.

—No mirís pa’trás, culiao —se dijo.

La cicatriz de la ceja —esa sin historia— le marcó el paso. Sudor por la espalda, camiseta pegada como piel prestada. Una cara, ojos grandes, una risa cortada: Clara. Y la sensación pegajosa de sangre vieja en las manos, real o inventada, pero insistente.

El callejón olía a meado y humedad antigua. Al fondo, la choza: madera carcomida al borde del suspiro que la derrumba. Un letrero torcido decía Yerbatera, letras gastadas como rezo viejo. El Guayas no habló: tomó razón.

“Ahí es.” Esa era la dirección. No había vuelta atrás. Allí debía esperar instrucciones.

Alzó la mano. La madera estaba caliente y húmeda, como la frente de un enfermo. Golpeó. Y entonces pasó eso que a veces pasa: la ciudad se guardó el aliento. Quedó el peso del silencio, atento, como un cuaderno abierto esperando el nombre. Renato contuvo la respiración. Esperó que algo —o alguien— le abriera desde el otro lado del pacto.

La Choza del Oráculo

La puerta se abrió con un quejido breve, como una costilla que se rinde. En el marco, la Yerbatera: alta, huesuda, piel oscura de madera aceitada por los años. Olía a ruda, a tierra húmeda y a raíces que guardan historias.

—Pasa, m’hijo —dijo con falsa amabilidad.

La voz traía arena y miel y un filo que no necesitaba alzar la voz. Renato cruzó el umbral. El comedor era el vientre de algo viejo: un sofá abierto por donde asomaba su espuma amarilla, una mesa coja que bebía cada vibración. En la pared, un espejo rajado devolvió su cara en trozos; desde ese otro lado, algo tomó nota.

La mujer no pidió nombre. No hacía preguntas cuando ya tenía la respuesta. Alzó un brazo seco, rama de invierno, y señaló una escalera angosta que subía a la penumbra.

—Arriba. Tu cuarto.

Las escasas palabras cayeron con un peso propio. Diésel y ceniza se le metieron a la nariz, espesos. Subió. Cada peldaño gimió como madera con memoria, y la maleta golpeó su pierna con el ritmo de un corazón prestado.

El cuarto era un ataúd bien hecho. Cama hundida, sábanas oliendo a otro sudor y a olvido. Rejas en la ventana que no protegen: guardan. Un armario abierto, oscuro y hambriento, boca de bestia.

Dejó la maleta en el suelo. No la abrió. Su peso se le trepó al pecho como losa escrita por un escribano ciego. La pregunta mordió:

—¿Qué chucha hacís aquí, huevón?

"Un trabajo, el dinero que necesita", le dijeron. "Un escondite". Por debajo corría otra verdad: ojos grandes, risa cortada. Clara. Y la textura de sangre seca en la palma. Eso lo mantenía atontado.

El tatuaje ardió de golpe, como si apagaran un pucho ahí. Alzó la vista. La yerbatera estaba en el marco. No se oyó subir. Simplemente ya estaba. Sus ojos —pozos de agua quieta— no lo miraban a él, miraban la maleta, como se mira un altar mal usado.

—No toques lo que no es tuyo, m'hijo —dijo, con filo envuelto en paño blando. Esa fue su advertencia.

Un olor a ceniza fría llenó el cuarto: lo que ardió hace años y nunca terminó de apagarse. Desde la calle llegó, muy lejos, un golpe de agua contra piedra. El Guayas tomó razón: notario de cosas que se pagan.

Renato asintió. No con la cabeza: con el miedo antiguo. Y supo lo que a veces se sabe sin palabras: había llegado a su tumba, y ella era la sepulturera que guardaba la llave y el inventario de su defunción.

Maleta Prohibida

El atardecer partió el cuarto en franjas rojas. Las rejas dibujaron tres barrotes sobre el pecho de Renato y le contaron la respiración.

Puso la maleta en la cama hundida. El aire tenía el peso de una pieza donde ya velaron a alguien: ruda mordida, ceniza húmeda, paños que nunca se secan del todo.

Abrió. Ropa sudada. Botas con sal pegada. Abajo, los paquetes: plástico negro, duros como carne fría. Al pasar la mano, el plástico vibró apenas, como si guardara un latido que no era el suyo.

—No es mío —dijo—. Pero me conoce.

Tocó uno. Adentro, el polvo se movió con paciencia de arena de reloj. No necesitó olerlo. Sabía. Coca, o algo peor. Una promesa que, si se abre, cobra.

El tatuaje del antebrazo ardió como moneda recién fundida. Por un segundo, la tinta pesó; el nombre —¿Clara?— quiso descolgarse y caer al suelo como plomo blando. Siguió ahí, pero más oscuro.

El espejo rajado del pasillo chupó un hilo de luz y lo rumió en silencio. No era amenaza; era atención. La choza entera tomaba nota de cada uno de sus actos. Era agobiante. Agotador.

Cerró la maleta. Luego, la volvió a abrir. No era un sueño. Los paquetes seguían en su sitio, pero ahora sus esquinas parecían fichas de un juego que él no sabía jugar. En la solapa interior apareció una moneda vieja ecuatoriana, con el pez casi borrado. La frotó. Se calentó. Olió a aguas podrida y aroma le subió a la nuca.

—¿Quién te puso aquí, huevón? —se preguntó, sin público alguno.

El piso respondió con un crujido de madera que entiende. El Guayas tomó razón. Sin sermón: Sólo con sus escritura.

Pensó en correr. ¿Otra vez? ¿A dónde? Pensó en tirar los paquetes por la ventana. Escapar de la responsabilidad. Del trato. Las rejas guardaban, no protegían. Buscó un amarre. En el armario, entre humedad, encontró un rosario sin cruz. Le ató el cordón al asa, como coser la boca de un animal.

El tatuaje zumbó como insecto encerrado. Una moneda rodó sola hasta el borde del colchón y cayó al suelo. No rebotó. Quedó de canto. Pequeño milagro o truco viejo. La levantó: estaba tibia como palma humana.

—Ya —dijo—. Mañana hablo con alguien.

Desde abajo, sin subir, la Yerbatera dejó su sombra en la escalera.

—No toques lo que no es tuyo, m'hijo.

No necesitó mirar. El cuarto ya estaba de su lado. Volvió a cerrar la maleta. El rosario tensado hizo un chasquido, y el día se encogió un centímetro. Muy lejos, un golpe de agua contra piedra. Contrato leído. Todo lo abierto se cobra.

Renato guardó la moneda en el bolsillo. Le marcó el ritmo a la misma cadencia de la cicatriz en la ceja. Era su conexión con la realidad.

Negación en la Plaza

Salió a la calle con las manos vacías y el peso siguiéndolo por dentro. Dos cuadras y la plaza: un cuadrado de asfalto pegado al río, frituras chisporroteando, cerveza rancia, diésel flotando bajo el calor. Mujeres vendiendo, cabros fumando, radios viejas que masticaban boleros. Se sentó en una banca. En el bolsillo, la moneda. No recordaba haberla guardado, pero, definitivamente, lo había elegido.

Le pasó el pulgar por el pez casi borrado. La piel sintió la fe de otros. Desde el borde del parque llegó, claro, un golpe de agua contra piedra. El Susurro del Guayas no decía palabras: pasaba lista.

—¿Me das fuego, mano?

El cabro apareció como quien cae de un cuento. Joven, veinte a lo más, sonrisa que no pegaba con el barrio pero se quedaba igual. No esperó respuesta; se sentó al lado, cómodo como en banca propia.

—Ariel —dijo estirando su mano, y la banca lo aceptó con un quejido.

Habló de la última pichanga, de una pelea en el malecón, de una morena que se fue con otro. Palabrería de plaza, pero bajo el

chiste corría otra agua. Renato lo dejó hablar para no pensar en la maleta. Le hacía bien no pensar. Enmascarar su realidad.

—¿Y tú? —preguntó Ariel—. ¿Qué haces por aquí?

—Trabajo —mintió.

Ariel sonrió torcido. No se burló. Acomodó la gorra como quien deja una ficha sobre la mesa.

—Aquí todos trabajamos en algo que no decimos, ¿ves?

Un vendedor pasó con empanadas de verde. El aceite aplaudió en la sartén con una frivolidad cruel, como celebrando una vida normal que a él ya se le había negado. El estómago de Renato rugió, pero no de hambre, sino de asco hacia todo lo que ese olor representaba y que ya no podría tener. Al mismo tiempo, un perro flaco marcó la banca con el hocico y siguió. Él, por su parte, apretó la moneda en el bolsillo: tibia, como si atendiera sus tensiones.

—Igual ando corto de tiempo —dijo Renato, parándose.

Ariel lo miró con ojos de quien ya lo ha visto irse.

—Tranquilo, mano. El río no corre. Cobra.

No respondió. Caminó bordeando los árboles, sin mirar atrás. A medio trecho, algo —no una voz, no el viento— le tocó el cuello con olor a mangle negro. En la banca, Ariel se quedó conversando con nadie, o con lo que pudiera escucharlo.

El Peso de la Culpa

La noche se pegó al cuarto como aceite quemado y miel amarga, espesando el aire hasta hacerlo carne. Olor a metal húmedo, manglar podrido que traía a Clara en cada rincón de la memoria. La maleta vigilaba desde el suelo, cuero agrietado con un arañazo torcido, un relicario que latía con paciencia de tumba. No era un objeto, era un cráneo apoyado en madera, sudando la culpa de cuerpos que Renato no conocía, pero que lo conocían a él.

Cayó en la cama, el colchón gimiendo como viuda vieja. Cerró los ojos y la memoria entró a mordiscos: ojos grandes, una risa cortada bajo un farol en Valparaíso, la pulsera de hilo rojo de Clara

colgando floja, su voz diciendo: “no aceptís ese trato, Ren. Si lo hacís yo los denuncio a todos”.

¿Clara? El nombre sabía a hierro, quemándole la lengua como sangre seca. Apretó la moneda ecuatoriana en su bolsillo, y recordó que esa moneda, con el pez casi borrado, vino de un tipo en Huaquillas. Se la pasó con una sonrisa torcida, un talismán que le cortó la palma con fe ajena y deuda viva.

El tatuaje del antebrazo ardió, un garabato que ahora le escribía *Cobarde* pero olía a la pulsera de Clara. Cada pulsación era sentencia, un latido que: coincidía con el crujido de las tablas, el chirrido de los clavos, el polvo cayendo en hilos finos desde las vigas, como si la choza sudara su veredicto.

Se levantó, con los dedos apretando la moneda hasta sentir el metal tibio. Fue al espejo rajado. El vidrio lo mostró cansado, sin energía, roto, con ojeras de sal, y la cicatriz en la ceja vibrando como cable pelado, la boca llena de tierra que no explicaba. El espejo no solamente lo reflejaba. Elegía culpas.

Un aliento frío le lamió la nuca, oliendo a diésel, y podrida agua detenida, prometiendo redención con la mano manchada. “

¿Qué querís, mierda?” murmuró, la garganta rota. Las sombras respondieron con un rugido grave: *Renato, erís muy huevón. Siempre hay sido así.*

Cayó de rodillas, el suelo tibio, húmedo, casi piel. Clavó las uñas en la palma, sintiendo sangre mínima, un eco de la pulsera roja de Clara cruzando el recuerdo como relámpago silencioso.

La choza respiraba, y él era un intruso en sus pulmones. La maleta tembló apenas, un roce de plástico sobre carne, un corazón esperando ser escuchado. Apoyó la frente en el colchón, la tela rancia oliendo a sal y sombra, un contrato abierto. La ciudad mascaba piedras en la orilla lejana, recitando su nombre al compás del agua.

La Mirada de la Yerbatera

La madrugada lo arrastró por la garganta de la casa, un pasillo de tablas que gemían como testigos. El comedor era un vientre iluminado por una vela temblona, su llama un ojo amarillo que anotaba deudas. La Yerbatera ocupaba su sitio, autoridad de mueble antiguo, triturando hojas en un mortero de piedra de río. Golpe, giro, golpe; el sonido cortaba como machete, oliendo a ruda, ceniza húmeda, jazmín podrido que susurraba a Clara.

"¿No duermes?" preguntó Renato, la voz raspada, los puños tensos hasta que las uñas marcaron sus medias lunas. La moneda en su bolsillo quemaba, un círculo tibio grabado por la mano de un tipo en Huaquillas.

"No hace falta, m'hijo," dijo ella, sin alzar la vista, con su voz un filo de vidrio molido envuelto en miel rancia.

Un vaho ardiente, oliendo a diésel y tumba abierta, le quemó la garganta. El cuarto se encogió al ritmo del mortero, un ritual que no pedía permiso.

"¿Qué sabís?" insistió Renato, el tatuaje ardiendo con un eco de Clara, un grito perdido en un callejón.

La Yerbatera levantó los ojos, pozos de agua estancada con lucecitas ahogadas al fondo. La mirada le clavó el alma como un clavo, buscando sitio entre sus costillas.

"Más de lo que querís y puedes pagar," dijo, con los dedos moliendo sin parar.

Renato abrió la boca: "La maleta…"

"Te toca, para eso te pagan" lo cortó ella, con la palabra cayendo como piedra mojada. "Siempre toca al que la abre."

El piso arqueó la espalda, un lomo antiguo nadando lento bajo las tablas, cobrando deudas. Los clavos respondieron con un coro seco, la ley de la ciudad anotada en madera viva. Renato tensó los puños, e imaginariamente vio la pulsera de Clara relumbrando en el recuerdo.

"Vuelve a tu cuarto, m'hijo," dijo la Yerbatera, con ternura cruel y seda áspera.

Un soplo húmedo, oliendo a tierra volteada y diésel, lo empujó

por la espalda. Subió las escaleras, cada peldaño crujiendo con un quejido distinto, testigos de un juicio secreto. Arriba, la maleta lo esperaba, cerrada y despierta, con un arañazo torcido en el asa, el rosario sin cruz tensado como boca zurcida.

Un murmullo entró por la rendija de la ventana, con una letra de agua escrita en su espina dorsal: *Corre, huevón. ¡Corre ya!* Renato tocó el inteligible tatuaje, el garabato ardiendo como firma fresca. La moneda golpeó una vez más, tibia, cortándole, levemente, la palma. La ciudad y el cuarto se inclinaron un milímetro hacia la puerta. La maleta esperaba, como un animal paciente, con su nombre en la primera línea de un contrato abierto.

El Primer Intento

El alba, con el trancurrir de la horas, siguió pintando el cielo gris, como si Guayaquil se negara a despertar, un lienzo rajado por el Guayas. Un soplo frío le rozó los párpados, oliendo a diésel y sangre, un conjuro enviado por el río. Renato decidió terminar con toda esa mierda. Sacó los paquetes de la maleta, los envolvió en una camiseta vieja, los metió en una bolsa, un verso que desafiaba al río.

El plan era simple: un basurero en un callejón, lejos de la choza. Nadie lo vería. Nadie lo sabría. Se deshace de los paquetes y se larga. Bajó, con la bolsa en la mano. La Yerbatera no estaba, pero su presencia estaba prsente en el olor a hierbas, en las sombras que se movían, un oráculo protegido por el Guayas. Un vaho violento, cargado de sangre y flores de cementerio podridas, le golpeó la cara como una advertencia, un claro hechizo impuesto por el río.

Salió al callejón, con el sol quemándole la nuca. Rostros indígenas lo miraron desde las esquinas, sus ojos sabiendo demasiado, testigos ignorados por el río. Llegó al basurero, levantó la tapa. Un coche negro estaba al final del callejón, los vidrios oscuros, un ojo encendido por el Guayas. No había nadie dentro,

pero lo estaban mirando, un sigilo dibujado por el río.

Un aliento espeso, como aceite, le llenó los pulmones, un conjuro que lo marcaba culpable. Tiró la bolsa, pero las manos le temblaron. No pudo hacerlo. Se regresó con las bolsas. Volvió corriendo, con el pulso del río riéndose de él, un verso recitado por el Guayas. La Yerbatera estaba en la puerta.

“No se escapa tan fácil,” dijo, su voz un cuchillo, un oráculo protegido por el Guayas. Un vaho cargado de muerte le rozó la piel, y el mundo se cerró como una trampa. Era un poema escrito por el Guayas.

El Punto de No Retorno

Renato volvió a la plaza junto al Guayas, el atardecer estaba cortando el cielo como un cuchillo, un lienzo rajado por el Guayas. Un soplo helado, cargado de manglar, gritó su nombre y algo más: *Renato, no tenís remedio. Erís muy huevón.* Era un conjuro enviado por el río.

Ariel estaba en el mismo banco, como si no tuviera otro lugar en el mundo, un eco marcado por el Guayas.

“Volviste, mano,” dijo, su sonrisa un filo que cortaba, un verso recitado por el río. Renato se sentó, las palabras atrapadas en la garganta, un poema leído por el río.

“Necesito ayuda,” dijo, la voz rota. Ariel lo miró, los ojos brillando como el río, un sigilo dibujado por el Guayas.

“Aquí nadie ayuda gratis, ¿ves?” dijo, y su voz era un machete, un verso que cortaba. Ariel , sin pedírselo, habló de su hermano, perdido en un trato que salió mal.

“El río se lo tragó,” dijo, y su sonrisa se quebró, como un vidrio roto, un poema escrito por el Guayas. Un vaho salado, cargado de pérdida, le rozó la piel, un hechizo tejido por el río.

El peso lo aplastó: la maleta, la Yerbatera, el coche negro, el rostro en su memoria, tal vez *Clara*, aunque no lo dijo, un amuleto guardado por el río. Un aliento helado rugió, un alarido que

cortaba.

“No puedo,” murmuró Renato, y corrió, dejando a Ariel atrás. La plaza lo miró, Guayaquil lo miró, el río lo miró, un escenario diseñado por el Guayas. Llegó a la choza, la puerta abierta, la Yerbatera esperándolo.

“No hay salida, mi´jo” dijo ella, con sus ojos de pozos negros, un oráculo protegido por el Guayas. Renato cerró los ojos, y se encontró: era un prisionero, y el juego recién empezaba, en un verso escrito por el Guayas.

El Peso de la Culpa

De vuelta en su cuarto, la noche era espesa, el aire cargado de metal y manglar, como si la ciudad se hubiera metido pa’ dentro. La maleta estaba en el suelo, mirándolo como un ojo ciego, un relicario sellado por un pacto roto. Un vaho húmedo y pegajoso se coló por la ventana, oliendo a sangre que no se seca, jazmín podrido, un conjuro que lo nombraba culpable.

Renato se sentó en la cama, cerró los ojos, y el pasado lo encontró, con un filo cortando despacio. Un rostro: ojos grandes, una risa muerta, tal vez *Clara*, aunque el nombre le quemaba la lengua, un amuleto enterrado en su memoria. Una traición: palabras que Renato dijo, un trato que aceptó, sangre en sus manos, real o no, un verso que lo condenaba. El tatuaje difuminado ardía, como un garabato que podía ser ese nombre, Clara, su condena, un hechizo tallado en su piel.

Un soplo salado, oliendo a mar y pérdida, le rozó la piel, con un conjuro que pesaba como cadenas. Se paró, con el cuello constracturado y los músculos duros como palo, caminó hacia el espejo. Su cara no era suya: ojos hundidos, barba de más de tres días, una cicatriz en la ceja que no explicaba, un nombre escrito como tatuaje por su propia culpa. Un aliento frío, mentiroso, le acarició la nuca, prometiendo redención pero a cambio le entregó dolor, en un hechizo que lo atrapaba.

“¿Qué querís, mierda?” murmuró, sin saber si le hablaba al vaho, a la maleta, o a sí mismo. Un murmullo grave respondió, con un eco que sonaba a mensaje a su nombre: *Renato, por la chucha, que eris huevón. Vos no tenís vuelta.*

Cayó agotado de rodillas, el suelo húmedo contra su piel, un verso que lo leía a él. La choza respiraba, y él era un intruso en su pecho. Un poema sin fin.

LA REACCIÓN

PARTE II

2

LA CHOZA QUE RESPIRA

El Umbral del Aliento

El calor era un martillazo, pero la choza se negaba a sudar, atrapada en una sombra húmeda que olía a moho, y salitre podrido, un templo que la ciudad había consagrado. Renato tanteó las paredes, con sus dedos resbalando sobre madera hinchada, buscando una grieta, una pista, algo que le diera sentido a la mierda en que estaba metido.

Un crujido seco vino del tejado, como si alguien pisara el zinc con botas pesadas, un eco de la ciudad que lo nombraba intruso. Un zumbido eléctrico se coló desde la calle, oliendo a cables quemados, mango podrido y diésel, un conjuro que lo marcaba culpable. No estás solo, huevón, pensó, y un vaho frío le lamió la nuca, viscoso, oliendo a ceniza y agua detenida, un hechizo que la ciudad tejía.

En la cocina, un fregadero oxidado escupía gotas que apestaban a hierro, un latido que la ciudad dirigía. Encontró un cuchillo con mango de plástico azul, el filo mellado pero afilado pa' cortar carne, un talismán que la ciudad había dejado. Lo dejó donde estaba, temiendo romper el conjuro. Una cucaracha cruzó el suelo, rápida como un disparo; Renato la aplastó con el talón, el chasquido rebotando en su cabeza como un eco enfermo, un verso que la ciudad recitaba. En el pasillo, un espejo roto lo partió en pedazos: ojos hundidos, cicatriz en la ceja vibrando como cable pelado, tatuaje borroso asomando como un error garabateado, un garabato que nombraba a Clara, su risa cortada bajo un farol en

Valparaíso, la pulsera de hilo rojo colgando floja.

"¿Quién chucha es Clara?" Se preguntó nervioso.

Afuera, los pregones de los vendedores indígenas perforaban el aire, sus voces cortando como sierras: "¡Mangos, mangos dulces!", un canto que la ciudad ignoraba. Un soplo salado trajo olor a pescado podrido, gasolina y ceniza, susurrando: *Te están mirando*, un conjuro que la ciudad imponía. Encontró una puerta baja, medio escondida tras un mueble desvencijado, cerrada con un candado oxidado que colgaba como un tumor. Tocó el metal. Un pinchazo frío, salobre, le atravesó la palma, un hechizo que lo marcaba culpable. Retrocedió con el corazón golpeándole las costillas.

Subió al cuarto, cada escalón gimiendo como si lo acusara. La maleta estaba ahí, abierta, muda, un libro profano que la ciudad había abierto. En la esquina, un maletín negro, pequeño, con un candado numérico brillando bajo la luz sucia, un ojo que la ciudad había encendido. No lo había visto antes. ¿O sí? Un aliento de tierra removida y diésel se coló por la ventana, y Renato sintió que la choza lo tragaba vivo, un poema que la ciudad escribía.

El Maletín Sellado

El crepúsculo teñía la ciudad de un rojo sucio, como si sangrara, un lienzo que la ciudad había rajado. Un humo denso entró por la ventana, oliendo a neumático quemado, salmuera y bolsas de basura podrida, un conjuro que la ciudad enviaba. Renato se arrodilló frente al maletín, un bloque de cuero barato que parecía respirar, un relicario sellado por un pacto roto. El candado numérico lo miraba, sus números gastados por dedos ajenos, un ojo que la ciudad había encendido. Lo agitó, y algo duro, metálico, chocó dentro: un clink seco, como una moneda en un frasco, un verso que la ciudad recitaba.

"No lo abras, huevón", se dijo, pero sus dedos ya forcejeaban con la combinación, torpes, sudando. La maleta estaba a su lado,

abierta, vomitando su contenido:Los mismos dos paquetes de cocaína envueltos en plástico negro, cinta plateada rasgada como piel; cinco astillas de cristal, selladas en bolsitas, brillando como cebo pa' pescar idiotas, un cebo que la ciudad había preparado. El olor dulzón, químico, le quemó la nariz, un hechizo que la ciudad tejía.

Volvió al maletín, más pesado, más vivo. Probó con una horquilla arrancada del colchón, pinchando el candado; el metal chilló, resistiendo. El tatuaje ardió, trayendo un flash: Clara bajo un paraguas desarmado, su risa cortada en un callejón de Valparaíso, la pulsera de hilo rojo empapada, un grito que podía ser suyo o de nadie. Golpeó el candado con el puño, el dolor subiéndole al codo, las uñas marcando media luna en la palma. Buscó algo pa' romperlo: un clavo torcido en la pared, un tarro de leche condensada vacío, una cuerda enredada en el suelo, objetos que la ciudad había dejado. Un jadeo áspero se rió, oliendo a gasolina rancia y ceniza, marcando su derrota.

La choza estaba quieta, pero no vacía. La Yerbatera podía estar abajo, escuchando, sus ojos como pozos de agua estancada, una anciana que guardaba secretos. Un vaho de tierra recién cavada y diésel se espesó, y Renato supo que el maletín no era solo un objeto: Era una trampa con dientes.

El Fantasma de Ariel

Horas más tarde, bajó al comedor, con los nervios como cables pelados chispeando, con un verso que la ciudad se encargaba de afilar más. La Yerbatera estaba ahí, tal como la recordaba, machacando hierbas en un mortero, el olor a boldo, ruda y romero cortaba el aire como un machete, un ritual que la ciudad dirigía eficientemente. Ariel estaba desparramado en una silla coja, las zapatillas limpias contrastando con el suelo mugriento, un eco que la ciudad había marcado. Su sonrisa era un filo que no explicaba, un poema que la ciudad recitaba.

“Tu pana vino a verte, m’hijo,” dijo la Yerbatera, con la voz suave pero afilada como vidrio molido, un conjuro que la ciudad aprobaba. Renato no respondió; la desconfianza le apretaba la garganta. Ariel era un rompecabezas que no encajaba: demasiado relajado pa’ este infierno, camiseta raída, ojos brillando como agua turbia, un eco que la ciudad había moldeado.

Ariel soltó su cantaleta: una bronca en el malecón, reguetón retumbando, una morena bailando como si quisiera cortar el aire, un poema que la ciudad despreciaba. Pero sus ojos seguían a Renato, de la cara a la escalera, de la escalera al techo, como si supieran, un sigilo que la ciudad había dibujado. Un vaho caliente trajo olor a cuero quemado, diésel y ceniza, un hechizo que olía a traición cocinándose.

“¿Qué tienes guardado arriba, mano?” preguntó Ariel, el tono era ligero pero punzante, como una aguja que cortaba. Renato sintió el suelo tambalearse, la moneda ecuatoriana en su bolsillo, quemándole la palma.

“Nada, no tengo nada” mintió, la voz rasposa, el tatuaje ardiendo con un flash de Clara, su pulsera de hilo rojo colgando bajo un farol en Valparaíso.

La Yerbatera apretó las hierbas hasta que crujieron como si machacara huesos. Ariel se levantó, puso una mano en su hombro, el calor de su piel quemando a través de la camiseta, oliendo a cerveza y derrota.

“Tranquilo, hombre. Acá todos escondemos algo, ¿ves?” Un soplo frío le golpeó la cara, oliendo a chamusquina de ozono, un conjuro que lo marcaba culpable. Renato retrocedió con el corazón atronándole al centro del pecho. Ariel no era amigo, no era enemigo, era un espejo que reflejaba algo podrido que Renato no quería ver, un verso que la ciudad recitaba.

A lo lejos, un murmullo áspero susurró,una cumbia vieja desde un coche negro, placa GPD-341, en la calle y en su mente tronó: *Raja de de ahí, lárgate, Renato, hazlo ahora, antes que sea mas tarde…* al mismo tiempo un hechizo lo nombraba: *Cobarde.*

La Cabeza Rota

Una vez que se marchó Ariel, prontamente, la noche se derramó espesa, pegajosa, con el ventilador del techo girando lento, moviendo el calor de un lado a otro. Un escenario que, con seguridad, la ciudad había diseñado, especialmente, para ese momento. La choza crujía como si tuviera fiebre, las paredes sudando gotas que olían a sal y moho podrido, un templo roto que respiraba con la ciudad. Se sentó en la cama, apretó su cráneo con las manos, los dedos temblando contra la piel. Quería escapar, pero un pensamiento claro del pasado lo emboscó. Un filo cortando despacio. Un rostro: ojos grandes, brillantes, hermosos, una risa que se apagó bajo un paraguas con las varillas rotas en Valparaíso, la pulsera de hilo rojo de Clara empapada, un talismán que la ciudad guardaba. Una traición: palabras que no debió decir, un trato con el Gerente Salas, voz suave como trago barato, sangre en sus manos, real o inventada, un verso que la ciudad recitaba.

El tatuaje le seguía ardiendo. Un garabato que podía ser un nombre o una condena, un hechizo que la ciudad había tallado. ¿Una novia quizas?

Un vaho húmedo entró por la ventana, oliendo a lodo, diésel y ceniza, rezongando su nombre: *Renato, por la chucha que erís huevón. ¿Cuándo vai a madurar?*

Cerró los ojos, y el sueño lo tragó como un pantano. Estaba en el malecón, el agua subiéndole por los tobillos, raíces de manglar brotando como venas negras. Clara emergía del agua, los ojos llenos de limo, la boca apestaba a diésel, la risa un grito que el viento torcía, la pulsera de hilo rojo colgando floja. Lo abrazó, o lo ahorcó, su piel fría oliendo a fruta pasada y humo de bosta de vaca quemada, sus dedos marcándole la garganta con sal quemante, un conjuro que la ciudad LE imponía.

“¿Por qué, Renato?” susurró, pero un humo denso respondió, un aullido que cortó: *Renato, erís muy huevón. ¡Enfócate mierda!*.

Despertó, empapado, las rodillas clavadas en el suelo húmedo.

Se arrastró al espejo. Su cara era un mapa de ruinas: pómulos hundidos, cicatriz en la ceja vibrando, barba de días,un extraño mirándolo desde el otro lado. Un soplo áspero lo rozó, oliendo a cobre y miedo, un hechizo que lo marcaba culpable.

"¿Qué chucha querís?" gruñó, sin saber si hablaba con el maletín, la ciudad o la sombra de Clara. La choza respiraba, y él era un intruso en su pecho, un poema que la ciudad no terminaba de escribir.

El Cuchillo que Falla

El segundo amanecer en la choza era un moretón sucio, gris y morado, en el cielo. Un olor a salitre y óxido —como el aliento del puerto— lo despertó, rozándole la cara con una humedad fría.

Renato recordó el cuchillo de mango azul. Lo había visto abajo, en la cocina, clavado en una tabla de picar. Bajó las escaleras en silencio, esquivando los peldaños que crujían, y lo arrancó de la madera. Con el filo en la mano, volvió a subir a su cuarto donde el maletín negro lo esperaba, como un altar o una tumba en el rincón.

Se arrodilló frente a él. Clavó la punta del cuchillo en la cerradura, forcejeando con los músculos tensos. El metal crujió y cedió de golpe con un sonido seco, como el de un hueso que se quiebra.

No logró abrirl, pero un vapor espeso y amargo brotó del interior. Olía a gasolina vieja y a polvo de papel. Le ardió en los ojos y la garganta. No era magia; era el olor de la verdad, encerrada demasiado tiempo.

El candado no cedió. Golpeó con el puño, el sudor cayendo como sangre, un verso que el río escribía. Un crujido en la escalera lo congeló. La Yerbatera estaba ahí, sus ojos pozos de brea.

"No puedes abrir lo que no entiendes, m'hijo," dijo, con su voz un latigazo envuelto en seda, a verse that cut. Un soplo salobre le quemó la mejilla, como si el río lo castigara, un conjuro que lo marcaba culpable. El cuchillo se le escapó, resonando contra el

suelo, un talismán que el Guayas despreciaba.

“Vuelve a intentarlo, y no va a ser el candado lo que se quiebre,” añadió, lenta, como un jaguar acechando. El aire olía a manglar podrido, a tumba abierta, un hechizo que el río imponía. Renato retrocedió, el maletín burlándose desde el suelo, un ojo que el Guayas había encendido. Sabía que la fuerza no servía. Sabía que estaba jodido. Ese era el poema que el río le recitaba.

La Plaza del Estero

Sin obtener resultados, el calor lo expulsó de la choza como a un perro. Un vaho espeso lo envolvió, oliendo a petróleo y miedo, empujándolo hacia la plaza, un escenario que la ciudad había diseñado. El sol le mordía la nuca, el aire cargado de frituras, sudor y gasolina rancia, un conjuro que la ciudad tejía. Mujeres con trenzas vendían guineos, niños descalzos jugaban a la escondida, sus risas cortando como vidrios, testigos que la ciudad ignoraba.

Renato buscó a Ariel, pero el banco estaba vacío, la madera gastada oliendo a cerveza rancia y sal. Un jadeo frío le rozó los dedos, oliendo a moho, ozono y ceniza, un hechizo que lo marcaba culpable. Encontró un papel doblado, clavado en el respaldo con una tachuela, las letras garabateadas como un cuchillo: *No corras, Renato. Te tenemos en la mira.* Al reverso, una palabra: *Huaquillas*. No era amenaza, era un recuerdo: la maleta cambiada en la frontera, el asa marcada con un arañazo torcido, el peso que no era suyo, un verso que la ciudad recitaba.

Miró alrededor, paranoico, los puños tensos. Un bote podrido se mecía en el río, un tipo con gorra rascándose la barba, una cumbia vieja sonando baja desde un coche negro, placa GPD-341, o tal vez solo imaginaciones, sombras que la ciudad le había moldeado.

La plaza era una red, y él la presa, un poema que la ciudad escribía. Caminó, con las piernas de plomo, el papel quemándole el bolsillo como la moneda ecuatoriana, con un pez casi borrado que

un tipo en Huaquillas le pasó con una sonrisa torcida. El tatuaje en su brazo ardía, un garabato que olía a la pulsera de hilo rojo de Clara, su risa cortada bajo un farol en Valparaíso, un talismán que la ciudad guardaba.

¡Entonces Clara es chilena! Se dijo a sí mismo. Contento por el hallazgo en su mente.

Un murmullo grave rió, como una garganta de agua en la orilla lejana, un eco del Gerente Salas, con voz suave como el trago barato que le ofreció el trato en Santiago. Renato sabía que no podía correr, pero lo intentó. Guayaquil lo miró de reojo, esperando que cayera, un escenario donde la ciudad escribía su sentencia. Apretó el papel hasta arrugarlo, el tatuaje brillando como firma fresca, y la ciudad mascó un verso que lo nombraba: *Cobarde*.

LA CONJETURA

PARTE III

3

EL UMBRAL DEL ABISMO

La Verdad de la Yerbatera

Renato pisó la choza como quien entra a un matadero, cada paso era un chasquido húmedo en el suelo podrido, un verso que la ciudad escribía con tinta de podredumbre. La puerta, entreabierta, colgaba como una mandíbula rota, un portal a un cuento que no perdonaba. La Yerbatera estaba en el comedor, machacando, como siempre, hierbas en un mortero de piedra. El crujido seco sonó como huesos quebrándose bajo peso ajeno, la ciudad acompañó el gesto como si leyera en voz alta un rezo antiguo.

Una vela goteaba cera negra sobre un platillo rajado, la llama titilando como si supiera, un ojo que la ciudad había encendido. Un vaho denso se filtró por las rendijas, oliendo a sangre seca, salitre podrido y hojas secas quemadas, un conjuro que escupía verdades que Renato no quería escuchar.

“No puedes correr, m’hijo,” dijo la Yerbatera, sin mirarlo, sus manos verdes de ruda, una anciana que guardaba secretos.

“La ciudad ya te marcó, ¿ves?”Renato apretó los puños, las uñas se hundieron en la carne hasta sacar un ardor mínimo. La rabia era un alambre de púas en su pecho.

“¿Qué chucha sabes tú?” gruñó, la voz rota como vidrio astillado, un poema que la ciudad había quebrado. Ella alzó los ojos, dos pozos de brea que lo chuparon entero: vio su cara, su culpa, sangre que no explicaba, un espejo encantado que la ciudad había tallado.

“Sé quién eres, Renato,” dijo, con la voz de un machete

envuelto en seda. “Sé lo que hiciste, y sé lo que te hicieron.”

Un vapor cortante le azotó la cara, oliendo a fermento, cobre oxidado y fruta pasada, un conjuro que olía a la pulsera de hilo rojo de Clara, su risa cortada bajo un paraguas roto en Valparaíso. El tatuaje ardió, un garabato que nombraba *Cobarde* y traía un grito que no ubicaba. “¿Por qué yo, huevón?” murmuró, sin saber si hablaba con ella, consigo mismo o con la sombra de Clara. La Yerbatera sonrió, sus dedos triturando hierbas como si moliera sus huesos.

“Porque tu sombra ya estaba aquí. Porque siempre fuiste tú.”

La choza crujió, las paredes sudando, un templo roto que respiraba con la ciudad. Un pulso bajo sus pies lo quiso tragar, un murmullo grave susurrando: *Renato, putah qeu erís huevón*, mientras una cumbia vieja sonaba baja desde un coche negro, placa GPD-341, en la calle.

La Frialdad Nueva

La luna era una astilla rota, su luz cortada por las rejas del cuarto, un cielo que la ciudad había rajado. Renato yacía en la cama, el maletín a sus pies como un perro que no duerme, la maleta cerrada en un rincón, respirando por el arañazo torcido en el asa, un relicario que la ciudad había sellado. Un siseo eléctrico se coló por la ventana, oliendo a ozono, cables pelados y chamusquina, el eco de una tormenta que nunca cae, un conjuro que la ciudad enviaba. Por primera vez, Renato no lo esquivó. Por primera vez, quiso descifrar ese verso que la ciudad le ofrecía.

El miedo estaba quemado, reducido a cenizas frías. Era un poema que la ciudad había consumido. La fuerza era inútil, lo sabía. Correr era una fantasía de huevón. La Yerbatera, Ariel, el coche negro con placa GPD-341, la nota con Huaquillas, incluso la voz del Gerente Salas—que desde su oficina en Guayaquil había ordenado todo con la tranquilidad de quien mueve hilos a 4.700 kilómetros—: todas eran piezas de un rompecabezas que por fin

empezaba a encajar, un juego perverso que la ciudad había diseñado y del que él era el peón sacrificable.

Cerró los ojos, y Clara apareció, pero esta vez sin gritar, una sombra quieta con la pulsera de hilo rojo colgando floja, pesando pero no ahorcando. Un murmullo metálico llenó el aire, oliendo a electricidad estática. A un aire limpio, pero cruel, un hechizo que lo nombraba cazador.

Se sentó, tocó el maletín, sus dedos rozando el cuero como si fuera piel viva, un libro profano que la ciudad había escrito.

“Te voy a abrir, mierda,” susurró, en un juramento a sí mismo, los puños tensos, las uñas marcando media luna. Un zumbido grave respondió, no con burla, sino con la calma de un juez que espera. Por primera vez, él no era solo presa. Era un jugador, cierto sacrificable, pero el juego estaba vivo.

El Juego de las Sombras

Renato, se agazapó tras un puesto de jugos, el olor a naranjilla agria, orín y fruta podrida pegándosele a la piel como una segunda camiseta, era un hechizo que la ciudad le tejía. El río era un pozo de brea, su superficie con un olor a metal caliente y agua sucia que casi se podía saborear, con un sabor áspero en la lengua. Respiró lento, como un animal herido que se revuelve en el fango para no morir, y que al mismo tiempo, carga consigo los secretos que nadie más dseaba.Un espejo que refleja las culpas de los vivos.

Renato siguió a Ariel con los ojos, el “pana” hablando con dos tipos en el malecón, sus siluetas cortadas por el neón parpadeante de un bar, sombras que la ciudad moldeaba. Un calor pegajoso lo envolvió, oliendo a grasa rancia, cloro viejo y fruta pasada, rozándole la nuca como una mano sucia. Erael conjuro que la ciudad le enviaba.

Ariel rió, pero sus ojos eran de tiburón, barriendo la plaza con un brillo que buscaba sangre, un eco que la ciudad había marcado. No es el pana que finge, hueón, pensó Renato.

¿Quién cresta es? ¡Este hueón se las trae!.

El aire se espesó, apretándole el pecho. Mujeres con negras trenzas pasaban con canastas de guineos; un viejo con sombrero gastado vendía canguil en bolsas de papel, todos testigos que la ciudad ignoraba. Eran insignificantes.

Un chirrido áspero susurró nombres rotos, tal vez Clara entre ellos, con su pulsera de hilo rojo colgando bajo un farol en Valparaíso.

Ariel despidió a los tipos con un apretón seco y caminó hacia los muelles, su sombra alargándose como un dedo acusador, un sigilo que la ciudad había dibujado. Renato quiso seguirlo, los puños tensos, pero un frescor punzante le cortó el aliento, oliendo a batería rota y concreto húmedo, un hechizo que lo detenía.

“No te metai”, le gritó su cabeza, o tal vez una cumbia vieja desde el coche negro, placa GPD-341, estacionado en la calle. Le hizo caso a su intuición. Dio media vuelta y sus pasos resonaron en el asfalto mojado.

La plaza lo miró, Guayaquil contuvo el aliento, esperando que cayera. Renato tocó el tatuaje, ardiente como firma fresca, un eco del Gerente Salas, con su voz suave ofreciendo el trato vía telefónica, mientras la ciudad, una vez más, lo nombraba: *Cobarde. Erís muy cobarde hueón. Se te hace…*

La Llave Robada

La choza estaba quieta, pero viva, las paredes sudaban un vaho espeso — lodo de tumba, metal sangrante y pétalos negros— el cual se enredaba en su garganta. Las paredes respiraban con un estertor profundo, ecos de una ciudad que se devoraba a sí misma en cada esquina.

Renato, por alguna razón inexplicable, tanteó el comedor, los dedos resbalando en la madera hinchada, el sudor pegándole la camiseta al pecho, un verso que la ciudad leía. Esetufo amargo que llenaba el aire.

De pronto, ee arrodilló. Encontró una tabla floja bajo la mesa, un secreto que la ciudad había guardado. La levantó con una cuchara torcida, los clavos gimiendo como uñas arrancadas, un sonido que la ciudad amplificaba. Ahí, en un nido de polvo y telarañas, una llave chica, oxidada hasta sangrar óxido marrón, un talismán que la ciudad había corroído.

La tocó, y un calambre helado le subió por el brazo, oliendo a cobre, sal amarga y fruta pasada, un hechizo que lo marcaba culpable. Es pa'l maletín, pensó, un eco del Gerente Salas y su trato en Santiago. El terror le mordió la nuca, un verso que la ciudad escribía. La Yerbatera podía estar en cualquier sombra, sus ojos pozos de brea, una anciana que guardaba secretos.

Guardó la llave, el metal cortándole la palma como una culpa viva, un talismán que quemaba. Un susurro rasposo llegó: *Cuidado, Renato, esto no es tuyo*, mientras desde la calle, retumbaba el eco distorsionado de una cumbia añeja. La música salía de un sedán negro, un ataúd con ruedas cuya placa —GPD-341— brillaba bajo la luz del farol como una sonrisa torcida.

Subió, rápidamente, la escalera, cada peldaño chillando como un pájaro herido, un canto que la ciudad entonaba. El maletín esperaba, el candado brillando bajo una luz sucia, como un libro profano que la ciudad había sellado. Renato tocó el tatuaje, ardiente como firma fresca, un flash. La imagen se le vino encima, nítida y brutal: Clara empapada, el paraguas desvencijado como un pájaro muerto sobre su hombro, y esa pulsera de hilo rojo, sin lugar a dudas, tan vulgar y, a la vez, tan sagrada, brillando con una luz propia en la penumbra.

El Maletín Abierto

Renato metió la llave en el candado del maletín, el metal chillando como un hueso roto, un sonido que la ciudad amplificaba. Un zumbido eléctrico sacudió el aire, oliendo a estática, sangre caliente y ceniza, un conjuro que la ciudad

enviaba. El candado cedió con un clac seco, como un disparo lejano, un verso que la ciudad escribía.

Adentro, un expediente: papeles amarillentos, fotos de él, en Huaquillas, bajando de un bus, la maleta con un arañazo torcido en el asa, un ojo que la ciudad había abierto. Boletos arrugados: Santiago, Arica, Piura, Tumbes. No trajo la carga; se la pusieron aquí, un diseño que la ciudad había trazado.

Una lista de nombres, "burreros" como él, peones en un tablero que la ciudad movía. Un informe mencionaba cinco astillas de cristal, muestras pa' compradores, escondidas en el forro, un secreto que la ciudad guardaba. Un croquis del maletín, un punto rojo marcando un *tracker* (rastreador). Y una foto de Clara. Su rostro emergía de la niebla de su memoria con la claridad brutal de un relámpago: esos ojos oscuros, demasiado grandes para su cara, que parecían guardar un vacío a medio formar. Una risa que se le había quebrado en la garganta mucho antes de que él la traicionara.

La imagen más nítida: ella bajo la llovizna de Valparaíso, aguantando un paraguas desvencijado cuyas varillas oxidadas se clavaban, por causa del viento, en el cielo gris como un pájaro derrotado. Y en su muñeca, la pulsera de hilo rojo —esa que él le había comprado en una feria artesanal—, ahora colgaba con una flojedad triste, como un último intento de amarre a un mundo que ya se le escapaba de las manos. No era solo un recuerdo; era un talismán de su culpa, sellado no por la ciudad, sino por su propia mano.

¿Lo estaba imaginando o era la verdad? No podía asegurarlo y mucho menos conformarlo, pero algo debía ser cierto de todo eso.

Cayó de rodillas con los papeles esparciéndose como cenizas. Un temblor profundo rugió, oliendo a diésel, ozono y verdad cruda: *Renato, conche tu madre, eras el cebo. Eras un miserable saco e weas utilizado*, fue el verso que la ciudad le recitó. El tatuaje le quemó como hierro al rojo, un garabato que nombraba a Clara, su grito en un callejón de Valparaíso. Su viaje no había sido un error,

sino la ejecución de un designio perfecto, un hechizo urbano que lo había engullido desde el principio.

La Grieta Final

Renato seguía en el suelo, con el expediente desparramado como entrañas, los papeles temblando bajo una luz rota, un libro profano que la ciudad había escrito. Un vaho dulzón lo envolvió, oliendo a vino agrio y veneno.El perfume de sus errores, un conjuro que la ciudad enviaba. Los recuerdos lo destrozaron: Su traición, las palabras que dijo al Gerente Salas, el dinero que tomó en Santiago, Clara callada para siempre. El tatuaje difuminado no ardía; era una marca al rojo vivo, un garabato que nombraba a ella, un verso que la ciudad tallaba. Un siseo frío le cortó la nuca, oliendo a menta, chamusquina y muerte, susurrando: *No mires pa' atrás, huevón*.

Pero miró, tocando la moneda ecuatoriana, y el pasado lo rajó como un machete, un hechizo que la ciudad imponía. La choza sudaba sombras, un murmullo grave rugiendo su nombre: *Renato, por la chucha que erís huevón*.

"¿Qué mierda hice…?" La pregunta le salió a medias, con un jadeo roto que se le escapó hacia las sombras del cuarto. Era como si un velo se levantara de golpe, y la razón, nublada por el shock y el miedo, volvía a punzarlo con toda su crudeza. No hablaba consigo mismo, sino con los fantasmas que poblaban la habitación, una presencia invisible que la ciudad misma alimentaba y dirigía como un macabro director de orquesta.

La respuesta no le llegó en palabras, sino en una vibración áspera que cortó el aire. Un zumbido bajo, un ronquido eléctrico que olía a diésel recalentado y podredumbre de mangle. Y en esa frecuencia corrupta, una voz que no era voz resonó en su cráneo, clara y brutal:*"Todo, huevón. Voh hicistes todo. Voh erís el culpable de todo"*

La Decisión Imposible

Renato estaba frente a la mesa, releyendo por enésima vez el expediente abierto como una herida. La Yerbatera era una sombra quieta, sus ojos pozos de brea que todo lo veían, una anciana que guardaba secretos. Un silencio eléctrico llenó el comedor, oliendo a polvo de relámpago, ceniza y fruta pasada, un hechizo que lo marcaba culpable. No había salida limpia, solo caminos de condenado: correr era salvar la piel y perder el alma; quemar todo era morir, pero tal vez redimirse; rendirse era vivir como títere.

"¿Qué vas a hacer, m'hijo?" preguntó la Yerbatera, cada palabra un clavo en su piel, un verso que la ciudad escribía. Renato no habló, la garganta sellada.Un zumbido agudo le taladró los oídos, oliendo a cables quemados. La culpa ya no era solo suya; era un veneno que la ciudad le había inyectado en la sangre.

De pronto, la memoria lo golpeó con la nitidez de un cuchillo: el Gerente Salas sentado frente a él en aquel bar de mala muerte en Santiago, con su Rolex de pacotilla y un puro barato entre los labios, deslizándole los billetes falsos y la promesa vacía sobre la mesa pegajosa. El ecuatoriano había estado ahí, en carne y hueso. El silencio del cuarto se volvió entonces expectante, pesado, como si las paredes recordaran también ese momento.

Renato apretó los párpados, la mandíbula tensa como un cable a punto de romperse, y tomó la decisión sin decir palabra. No había vuelta atrás. Apretó la moneda hasta que el canto le hundió la piel, sintiendo cómo el tatuaje le ardía en el brazo, marcándolo para siempre. Mientras, en la distancia, la ciudad seguía allí, masticando lentamente su indiferencia.

LA CONSECUENCIA

PARTE IV

4

EL PRECIO DE LA VERDAD I

El Plan en la Sangre

El río era una herida negra bajo un amanecer de plomo, el cielo sudando un olor a óxido, fruta podrida y ceniza, un pulso que respiraba con desprecio. Renato estaba en el cuarto, la choza crujiendo como si tuviera fiebre, las paredes húmedas goteando salitre, un cadáver de madera que susurraba los nombres de los perdidos. El expediente estaba abierto en la cama, sus páginas amarillentas como piel muerta, el nombre “RENATO” garabateado en tinta que parecía sangre seca, un libro profano que cantaba su traición. Fotos de Huaquillas: él bajando de un bus, la maleta con un arañazo torcido en el asa, un ojo que la ciudad había abierto. Una lista de burreros: nombres, rutas, fechas.

Un croquis del doble fondo, un módulo de rastreo cosido al forro. Teléfonos: “Loro (Huaquillas) 09…”, “Chapo (terminal) 09…”, “Gerente 04…”, “Mayor Salas – respaldo”. La verdad cortaba como un escalpelo: el Gerente era policía, un titiritero narco; Salas cobraba peaje, limpiaba escenas, una sombra que movía los hilos desde la penumbra.

El coche negro, placa GPD-341, acechaba en dos fotos, siguiéndolo como un perro hambriento, un sigilo que la ciudad había enviado. Renato eligió redención. No saldría vivo, pero sí limpio. Envolvió el expediente en una bolsa plástica negra, la llave oxidada quemándole el bolsillo como un clavo al rojo, un talismán que pesaba como su culpa. El tatuaje palpitaba, un garabato que nombraba a Clara, pero no era distinguible. Su risa rota bajo un

paraguas desarmado en Valparaíso, un eco que la ciudad guardaba.

Esta hueá se acaba hoy, pensó, con la voz en su cabeza áspera como lija, un mantra que desafiaba a la ciudad.

Volteó el colchón, escondió un USB con fotos del expediente, tomadas con el celular prestado de Ariel la noche de su visita, un conjuro digital para romper el hechizo. Dejó la radio vieja encendida en la ventana, un señuelo pa'l tracker, un eco que engañaba al ojo de la ciudad. Un tufo denso se coló, oliendo a ceniza, manglar podrido y chamusquina, rozándole la nuca como un dedo frío.

Afuera, los pregones indígenas cortaban el aire: "¡Guineos, mangos dulces!", un canto que la ciudad ignoraba. La choza palpitaba, un murmullo grave rugiendo bajo las tablas, un verso que la ciudad escribía. Renato bajó las escaleras, la bolsa apretada contra el pecho, cada paso un martillo en las costillas. Guayaquil respiraba, y él apenas podía seguirle el paso, un personaje que el cuento estaba a punto de cerrar.

El Filo de Ariel

El malecón era un espejo astillado, el neón parpadeando en charcos sucios, un escenario donde la ciudad reflejaba las culpas de los vivos. Renato caminó, con la bolsa bajo la camiseta, el sudor pegajoso como sangre, un talismán que quemaba contra su piel. Rostros indígenas pasaban, largas trenzas negras , sombreros de fieltro gastados, ojos que sabían demasiado, testigos de un cuento que la ciudad escribía. Un vapor áspero lo envolvió, oliendo a pescado podrido, gasolina quemada y ceniza, cortándole la piel como alambre.

Ariel estaba en un banco, gorra sudada ladeada, una bolsa de pan duro en la mano, los dedos manchados de tierra, las uñas rotas, un eco de su hermano perdido. Su cara, curtida por el sol, tenía arrugas prematuras que contaban años de traiciones, un poema que la ciudad había tallado.

“Te cuento la firme, mano,” dijo Ariel, sin sonrisa, los ojos oscuros como el río, un brillo de rabia contenida, un verso roto que la ciudad recitaba. “Yo jalaba pa’l Gerente, Salas que le dices, pasaba recados. Mi ñaño metió la nariz, se quiso pasar de listo y lo desaparecieron en el río. Sabía demasiado y quería una tajada por el silecio.

Desde entonces, juego doble: Antinarcóticos me usa, el Gerente cree que sigo con él. Tú eras el anzuelo pa’ llegar al hueso.” Renato apretó la mandíbula, el tatuaje palpitando como un carbón vivo, un garabato que nombraba a Clara, un lazo que la ciudad no soltaba.

“¿Y la Yerbatera? ¿Quién es?” escupió Renato, las palabras saliéndole ásperas, como un cristal roto. Ariel escupió al suelo con un desprecio que olía a cerveza barata y a la traición del celular que le había prestado la noche anterior.

“Una madrota vieja,” soltó, la voz cargada de un rencor que conocía cada esquina del puerto. “Agarra burreros desesperados, los guarda, les da techo… y después los entrega según le convenga. Fue mula hace siglos. Ahora tiene las manos atadas: la tienen cogida por la hija, una chica en Durán. Una orden de Salas pende sobre su cabeza como una guillotina invisible.”

Sin más, Ariel deslizó un papel doblado y sucio entre los dedos de Renato. Adentro, las instrucciones escuetas: *Muelle 4, boya roja, medianoche. Contacto: Gaviota.* El papel era un talismán sucio que olía a tinta de periódico, diésel y la traición que ahora respiraban.

“Vas,” dijo, su voz un cuchillo romo, un hechizo que no redimía. “Yo llevo un micro y grabo pa’l periodista de Radio Cristal y la fiscal Rivas. Si caemos, ellos caen.”

Renato lo miró, los nudillos blancos, tocando el rosario de semillas negras latiendo en su bolsillo. El corazón latía al ritmo del río, un eco del Gerente Salas, ofreciendo el trato en Santiago.

Renato asintió, con el papel quemándole la palma, un verso que la ciudad ya no podía ignorar.

Pero ¿Podría confiar en Ariel?

La Choza que Arde

A su regreso la choza era un cadáver sudando, las paredes oliendo a tierra quemada. Las tablas del piso gemían bajo sus pies como si cada paso fuera una blasfemia. Renato entró, no como un ladrón, sino como un verdugo. La bolsa bajo su camiseta pesaba como una losa, y el tatuaje en su brazo —aquel nombre, *Clara*— le latía con un dolor sordo y persistente.

La Yerbatera estaba en el comedor. No se sorprendió. Sus manos, verdes de tanto machacar ruda, no se detuvieron. Solo alzó la vista, sus ojos eran dos monedas negras en un charco de arrugas.

«Se acabó», dijo Renato. Las palabras le salieron ásperas, cargadas de una rabia que ya no podía contener.

Ella suspiró,con un sonido que parecía venir de las profundidades de la tierra. «No es mi juego, m'hijo. Yo solo sostengo la mesa pa' que no se desarme y nos aplaste a todos.»

Renato no se inmutó. Avanzó un paso. El olor a cera de vela negra y fruta pasada era casi irrespirable.

«¿Clara?» Escupió el nombre como un desafío, como un cuchillo.

La Yerbatera dejó el mortero. Por primera vez, pareció vieja, frágil, atrapada.

«Me mandaron señalarla en La Prosperina», confesó, la voz quebrada. «Me dijeron que era pa' asustarla, solo pa' que se alejara de usted m'hijo. Que estaba amenazando con denunciarlos. Nunca pensé… nunca supe que la llevarían al río. Su sangre me pesa todos los días. Como me pesa la mía.»

Miró hacia una foto descolorida en un rincón: una niña con trenzas, sonriendo. Su hija. La razón de cada silencio, de cada entrega. "Pero a veces, el remordimiento es más fuerte que el miedo, m'hijo. A veces, la culpa quema más que cualquier amenaza."

Sin que él lo pidiera, señaló con la barbilla el cuadro torcido de San Martín de Porres.

Renato lo arrancó de la pared. Detrás, no solo estaba la carpeta con las cuentas de Salas. También había una foto de su hija, atada en Durán y con un ojo morado, metida en un sobre junto a un mechón de pelo rubio. Era el precio de su silencio. Y ahora, era la semilla de su traición.

Esa fue la razón que lo convenció. No fue piedad. Fue ver la evidencia física de que ella también estaba quebrada, que su jaula tenía barrotes reales y que, aun así, elegía romper las reglas.

Renato tomó la carpeta. Sacó el rastreador de su bolsillo y lo dejó caer detrás de la radio, que seguía murmurando su estática eterna.

Antes de salir, la Yerbatera le agarró el brazo. Sus dedos eran fríos como piedra de río.

«Paga con todo, Renato», le susurró, y en sus ojos no había una orden, sino una súplica. «Pero paga.»

La choza contuvo el aliento. Y Renato salió al punto de encuntro, con el expediente pegado al cuerpo y el sabor amargo de una alianza forjada en la culpa.

El Guayas que Mira

Medianoche en Muelle 4.

La boya roja oxidada se balanceaba como un diente podrido, un talismán que la ciudad había corroído. Renato y Ariel llegaron juntos, pero se separaron al entrar en la penumbra del muelle.

Renato avanzó con el maletín negro, con su candado intacto, y cargado con copias y un ladrillo de cemento pa'l peso, un señuelo que engañaba a la ciudad. El expediente original iba pegado a su torso, cinta adhesiva cortándole la piel, un libro profano que quemaba como su culpa.

Ariel se quedó unos metros atrás, fingiendo mirar un celular roto, un micro escondido en la mascarilla. La cara sudorosa, los ojos saltando como los de un animal acorralado, un eco que la

ciudad había marcado. Habían dejado el USB en un vaso de plástico en el puesto de jugos: “Si no vuelvo en dos horas, se lo das a la fiscal Rivas,” le dijo Ariel al vendedor de jugos de naranjas, un viejo con sombrero de paja y dedos temblorosos, un testigo que la ciudad ignoraba.

El río exhaló un vapor denso, oliendo a gasolina, manglar podrido y sangre seca, cada ola un ojo que sabía demasiado, un verso que la ciudad recitaba.

Puntualmente, una lancha sin luces se acercó, el motor un ronquido enfermo, un canto fúnebre que la ciudad aprobaba. Tres sombras: Gaviota al timón, camisa blanca planchada, reloj caro brillando, la piel curtida por el sol, un tic nervioso en la mejilla, una sombra que servía al Gerente Salas, con su Rolex falso y puro en la boca. En tierra, el coche negro, placa GPD-341, acechaba como un perro hambriento, un sigilo que la ciudad había enviado.

“Bueno, chileno,” dijo Gaviota, la voz áspera como arena, un verso que cortaba. “Hora de ser útil.”

Renato sintió el pulso del río, oliendo a ceniza, diésel y derrota, un murmullo que sabía que el juego estaba por romperse. Tocó la moneda ecuatoriana, el pez de Huaquillas cortándole la palma, el rosario de semillas negras latiendo en su bolsillo, un mantra que la ciudad exigía, mientras una cumbia vieja resonaba baja desde el coche negro.

El Clímax del Fuego

El muelle estaba quieto, como si la ciudad aguantara la respiración. Renato dio el paso al frente, el maletín negro colgando de su mano, la cinta adhesiva apretándole el torso donde llevaba lo verdadero, un libro profano pegado a la piel. A un costado, a tres metros, Ariel fingía distraerse con el celular prestado, la mascarilla escondiendo el micro, los ojos demasiado vivos, como un perro que huele la trampa.

El intercambio fue un latido corto, un verso que la ciudad

aceleraba.

Gaviota pesó el maletín, frunció el ceño.

—¿Por qué tan liviano? —gruñó, los ojos brillando como monedas sucias.

Renato sostuvo la mirada, el tatuaje ardiendo como un clavo, un garabato que nombraba a Clara bajo la lluvia rota de Valparaíso.

—Son papeles —dijo, la voz firme—. Lo que quieren está ahí. Es lo que me dejaron.

Gaviota sacó una llave, abrió el candado, vio las copias y el ladrillo de cemento. Escupió una risa sin dientes, un sonido que el río tragó sin eco.

—Este huevón vino limpio.

De las sombras salió otro: flaco, cicatriz en la cara como un mapa mal dibujado. Dio un paso, un verso que la ciudad escribía con filo.

Ariel reaccionó al tiro. Se adelantó, puso una mano en el brazo del flaco, voz de pana mal ensayada:

—Tranquilo, ñaño, todo en orden.

El olor a cerveza rancia y traición sudaba desde su bolsillo. El flaco no lo pensó: le cruzó la culata del rifle en la boca. Ariel cayó de lado, sangre en los labios, el micro aún encendido en su mascarilla, un conjuro que la ciudad no podía silenciar.

5

EL PRECIO DE LA VERDAD II

El Susurro del Río

Del muelle rugieron dos motos y el coche negro, placa GPD-341, un ojo que no parpadeaba, un sigilo que la ciudad había enviado. De la puerta trasera bajó el Gerente, Salas, sin uniforme, camisa abierta, cadena de oro brillando bajo los focos rotos del puerto, la cara ancha, los ojos de tiburón, un lunar en la frente como un tercer ojo, una sombra que la ciudad protegía, puro en la boca, oliendo a diésel y traición.

“Renato, ¿cierto?” dijo, la voz baja, como si aplastara una cucaracha bajo la suela. “Te escogimos porque no eras nadie, no vengas a hinchar el pecho”

El aire se volvió vidrio, oliendo a ozono, chamusquina, sangre seca y jazmín podrido, un hechizo que la ciudad endurecía, cortando como alambre. Renato, en la lancha, levantó las manos, la izquierda apretando el rosario de semillas negras, las cuentas cortándole la palma, como un talismán que olía a culpa y sal.

“No hay drama,” respondió, la voz firme aunque el tatuaje ardía como un clavo al rojo, un garabato que nombraba a Clara, su risa rota bajo un paraguas roto en Valparaíso. “El original está conmigo. Y ya salió por radio.”

Verdad a medias: el audio del micro de Ariel, escondido en su mascarilla, corría hacia Radio Cristal y la fiscal Rivas, un conjuro que Salas no podía silenciar. Gaviota, ecuatoriano, lugarteniente al timón, camisa blanca planchada, reloj caro brillando, la piel curtida por el sol, un tic nervioso en la mejilla, le apuntó con un

cañón frío que olía a diésel, muerte y manglar podrido. Había llegado su hora.

Ariel, desde el suelo, la boca ensangrentada, con el celular prestado oliendo a cerveza y traición en su bolsillo, susurró: "Ahora!!!."

Renato jaló el timón con fuerza, la lancha crujió como un hueso roto, el maletín negro — cargado con copias y un ladrillo de cemento pa'l peso — voló al agua, las cinco astillas de metanfetamina, y la cocaína, hundidas como un sacrificio que el río aceptó con un chapoteo sordo, un poema que la ciudad tragaba.

Un disparo rugió desde el muelle, la bala abrió el costado de Renato, sangre caliente empapando la camiseta, un verso que la ciudad escribía en rojo.

El flaco con la cicatriz, un mapa roto en la cara, se lanzó hacia Ariel, pero éste rodó, un chasquido de hueso, un grito ahogado que el río escuchaba. Renato arrancó el expediente original de su pecho, la cinta adhesiva desgarrándole la piel, y lo metió en el bolsillo trasero de Ariel con un movimiento desesperado, un conjuro que desafiaba a la ciudad.

"¡Corre, hueón!" jadeó a todo pulmón.

Ariel corrió por tierra, zigzagueando entre puestos de jugos y frituras, el expediente empapado, el micro grabando jadeos, mientras dos balas picaban las tablas a su espalda, un poema que la ciudad no terminaba.

Salas vociferó: "¡Tráiganlos!" Las motos arrancaron detrás, el flaco cojeando, gritando, oliendo a sudor y traición.

Renato saltó a la orilla contraria, el río lo golpeó con un tufo a batería, manglar podrido y ceniza, con un murmullo rugiendo su sentencia. La lancha giró, Gaviota maldiciendo, el motor un ronquido enfermo, hasta que chocó contra un pilote, volcando; Gaviota cayó al agua, herido, su reloj caro hundido como un talismán roto. Un verso que el río tragó con desprecio.

Renato, permaneció escondido bajo los pilotes oxidados, la herida quemándole el costado, apretó el rosario hasta sangrar, y la

ciudad susurró, seca, brutal, oliendo a chamusquina y verdad: *Tú, por la puta que erís huevón.*

El Rostro que Vuelve

Cuando la búsqueda llegó a su fin. El río era un pozo de brea negra, un pulso que respiraba con desprecio. Renato trepó a la orilla pantanosa, el costado un incendio abierto, la sangre mezclándose con el lodo del Guayas. La cicatriz en su ceja latía al ritmo de su corazón, un tambor que marcaba su huida.

No corrió ciego. A través del dolor, recordó la señal que Ariel le había hecho días atrás, en un momento de rara lucidez entre cervezas: un gesto rápido con la cabeza hacia el muelle abandonado, seguido de un dedo que apuntaba a un galpón de zinc semi-derrumbado. *"Ahí, huevón. Si la cagamos feo... ese hoyo ni Dios lo mira."* Era su punto de encuentro pactado para lo peor.

Se arrastró hacia allí, hacia la silueta oscura del galpón que olía a óxido, grasa de lancha vieja y salitre podrido. La puerta de chapa estaba torcida, medio desprendida. Se coló dentro, sumergiéndose en una oscuridad que olía a refugio y derrota.

Minutos después, la puerta se abrió con un chirrido que le erizó la piel. Contra la luz del exterior, recortada, estaba la figura de Ariel. Cojeaba, apoyándose en el marco. Tenía la camiseta hecha jirones y pegada al pecho con sangre seca. Un ojo estaba cerrado por la hinchazón, un surco fresco le cruzaba la mejilla y hablaba con un diente flojo. Pero en su mano derecha, apretado contra el cuerpo, sostenía el expediente empapado. Lo había conseguido.

"Llegué…" jadeó Ariel, escupiendo una mezcla de saliva y sangre al suelo sucio del galpón. Su voz era un hilacho roto, pero sus ojos decían que aún estaban vivos. En la penumbra, entre el olor a metal y abandono, se cumplía el pacto que habían hecho a escondidas: reunirse en el único lugar que sabían que Salas y sus matones nunca considerarían. El escondite de siempre.

"…y llegó," añadió luego jadeando, la voz rota, un poema que

el río no podía silenciar. “La fiscal Rivas lo abrió en vivo: boletos de Santiago a Piura, fotos de Huaquillas, nombres de burreros, el tracker, escuchas, el CCTV con GPD-341. Todo.”

Sirenas se escuchaban a lo lejos, no pa’ salvar, sino pa’ cerrar rutas, en un coro que la ciudad aprobaba, un hechizo que no perdonaba. Salas, el mayor corrupto que cobraba peaje a narcos y limpiaba escenas, intentaba limpiar su rastro, una sombra que la ciudad protegía, pero el audio del micro, entregado por Ariel a Don Gilberto, el vendedor de jugos con sombrero de paja, ya ardía en Radio Cristal, replicado por Expreso y La Posta, un incendio que no podía apagar.

La Yerbatera surgió de entre las sombras del galpón, como si las tablas podridas la exhalaran. No había llegado después; estaba allí desde antes, agazapada en el rincón más oscuro, esperando. Su pelo gris era un estandarte de derrota, y olía a ruda machacada, tabaco negro y la fruta pasada que se pudría en sus bolsillos. Pero ahora también olía a miedo puro, a animal acorralado.

"El tendido se cae, m’hijo," dijo, y su voz ya no era la de un oráculo, sino la de una vieja que veía el abismo. "Y yo con él. Pero no me voy a dejar aplastar sola." Sus ojos negros, pozos sin fondo, se clavaron en Renato. "Hay una lancha atrás. Me espera mañana al amanecer. Me llevará a Durán."

Esa fue la confesión final. No estaba allí solo para despedirse. Estaba allí porque era su escondite también, el punto de partida de su huida. Iría a Durán no a esconderse, sino a rescatar a su hija. La inminente caída de Salas le había dado una ventana, una chance única de romper la cadena que las ataba a él.

Renato la miró, y por un segundo, el cansancio, la sangre y la neblina de su mente se abrieron. Vio el rostro de Clara superpuesto al de la anciana: los mismos ojos grandes, la misma cicatriz mínima en la ceja izquierda. No era un reproche. Era un espejo. La prueba de que todas las deudas se pagaban, todas las culpas se limpiaban con acciones, no con palabras.

Esa visión fue su última lección. La Yerbatera no le ofrecía

consuelo; le mostraba el camino. Mientras él se hundía en su dolor, ella, con todo en su contra, se movía. Iba a hacer lo que él no pudo: salvar a su familia.

Sin decir nada, asintió. Ella le sostuvo la mirada un instante más, y luego se desvaneció entre las sombras del galpón, camino a machacar yerbas, a su propia guerra de curandera. Renato se quedó solo con Ariel, con la imagen de los dos rostros fundidos en uno: el de la hermana perdida y el de la madre que luchaba por no perder a su hija. La ciudad no perdonaba, pero al menos, concedía la oportunidad de pelear.

“Lo siento,” murmuró Renato, como un mantra que olía a sal y culpa.

“Yo también,” respondió ella, cuando volvió con yerbas machacadas, su voz estaba quebrada como madera vieja, un poema que el río no soltaba.

Ariel apretó su hombro, los dedos temblando, la piel áspera oliendo a cerveza, traición y memoria, el celular prestado aún en su bolsillo, un eco de su hermano perdido en el mismo río.

“Hay una lancha en el estero. Isla Trinitaria. Te buscan hoy, mañana no,” dijo, la gorra torcida, un corte fresco sangrando en la mejilla. Allí te puedes ocultar por si las cosas acá van mal.

Renato negó, la cabeza pesada, el tatuaje pulsando como una condena, un garabato que decía **Cobarde**, no Clara, tallado borracho con aguja de guitarra y tinta china en Valparaíso, un verso que nombraba su culpa por abandonarla.

“Esto no me suelta, mano. Me lleva desde antes.”

El pulso del río rugió, oliendo a ceniza, diésel, jazmín podrido y chamusquina, un veredicto que nombraba a Renato: **Cobarde**.

El Alma Desnuda

El galpón, con botes de madera y fibra colpasados, era un cadáver exhausto, las paredes sudando un olor a tierra quemada, sangre vieja, fruta pasada y jazmín podrido, un templo roto donde

los dioses callaban, las tablas gimiendo como un conjuro fracturado. Horas después. Renato estaba sentado en un cajón, el cuerpo cosido con hilo negro por la Yerbatera, un ritual que no redimía, la cicatriz en la ceja latiendo, el tajo en el costado un incendio que olía a carne quemada. Ella limpió, una vez más, la herida, con sus manos frías como el río, oliendo a alcohol, ruda, tabaco y remordimiento, una anciana que la ciudad había encadenado.

“Cuando era Flaca Luz, tenía diecinueve,” dijo, sin mirarlo, triturando hojas en un mortero, con su voz de cuchillo romo que cortaba el aire. “Fui mula, luego llave pa’ tumbar a otras. Salas mandaba, él nunca tocaba la sangre, él pone a los suyos. Creí que protegía a mi hija en Durán, atrapada por su guillotina, pero me engañaba a mí misma. Sólo me usaba. Me chantajeaba”

Su pelo gris caía sobre los hombros, un mechón pegado a la frente por el sudor, un poema que la ciudad guardaba, un rosario de semillas negras olvidado en un altar roto.

Ariel, en la puerta, vigilaba la calle, la gorra torcida, un corte fresco en la mejilla sangrando, el celular oliendo a cerveza y traición en su bolsillo, un eco de su hermano perdido en el mismo río, tragado por la placa del auto GPD-341.

“Rivas salió al aire,” dijo, con la voz tensa como alambre. “Todo se jodió. Ya no hay vuelta atrás. La hicimos panas”

INTEGRACIÓN

PARTE V

6

EL PESO DEL RECUERDO

El Río Sabe

Tres lunas después, el invierno chileno agonizaba en un vaho gris. Renato fue escupido por un bus en la terminal de Santiago, un náufrago devuelto por una marea negra que ya lo había digerido. No portaba maleta alguna —esa se había quedado en el fondo del Guayas, con todo lo que alguna vez pretendió ser—. Solo traía consigo el eco de tres semanas pudriéndose en la oscuridad de un galpón abandonado, la cicatriz en su ceja (un latido remoto y sordo), un tatuaje desvaído que, por fin, dejaba de gritar *Cobarde* para susurrar, a regañadientes, *Renato* y el dolor sordo de una herida de bala que la Yerbatera le cerró con aguja e hilo negro en la penumbra de ese refugio, y que ahora le recordaba cada movimiento, cada respiración, el precio exacto de haber sobrevivido.

En su bolsillo, la moneda ecuatoriana con el pez de Huaquillas —un ojo ciego y desgastado que todo lo había visto— le quemaba el muslo. Era el último talismán de una condena que olía a sal y a derrota.

A su espalda, el rugido del Guayas era ya un mito lejano; frente a él, el Mapocho fluía, mudo e indiferente, como si nada de lo ocurrido hubiera importado nunca. Solo el tirón áspero del costado, donde la carne se había cerrado alrededor de la memoria de una bala, le probaba lo contrario.

A 4.700 kilómetros, en Guayaquil, la choza de la Yerbatera era un esqueleto desangrado, vacío, abandonado, invadido por la

humedad de las lluvias y tablas arrancadas, el letrero *YERBATERA* torcido, con letras desleídas como un conjuro olvidado. Ella se había mudado a Durán, a cuidar a su hija, libre de la guillotina de Salas, dejando un rosario de semillas negras en un altar astillado, un susurro que el río engulló.

Don Gilberto exprimía, como piempre, naranjas en la plaza, con los dedos nudosos oliendo a cítrico y remordimiento, su mirada perdida en el agua, un testigo silenciado por la ciudad.

Ariel, atrapado en una oficina de Antinarcóticos en Quito, cambió la gorra sudada por una camisa que lo asfixiaba, los ojos vacíos de quien ya no muerde la uña, un eco que la ciudad reescribió con tinta de ceniza.

Renato se detuvo en el puente del Arzobispo sobre el Mapocho, el hierro frío cortándole las palmas, marcadas por cortes antiguos y costras recientes, el tatuaje picando como una herida que se niega a cerrar. Un vapor limpio lo rozó, oliendo a podrida tierra removida y chamusquina, como el aire tras un relámpago, hablando con filo de cuchillo: *Clara no era tu amante, ni tu amiga, menos tu hija Renato. Era tu hermana menor.* El suelo tembló, no era una metáfora, sino la verdad desnuda. Renato apretó el barandal, los nudillos blancos, la cicatriz en la ceja palpitando como un foco roto, mientras el río susurraba un corte que sangraba: Clara Valdés, 28 años, garzona en un bar de San Diego con Copiapó, ojos grandes, una cicatriz mínima en la ceja izquierda, herencia de una caída en Valparaíso bajo la lluvia, corriendo con Renato, riendo como si el mundo no tuviera fin.

Ella ahorraba monedas en una lata de café para estudiar técnico en enfermería (TENS), soñaba vestir su uniforme celeste, amaba a Renato con la ferocidad de una hermana sin padres, criada a medias por un hermano mayor que, la verdad, apenas podía sostenerse por sí mismo.

Renato, ahogado por deudas que crecían como maleza, cayó en la trampa de Salas, un mayor de policía ecuatoriano corrupto con voz de trago barato, que olía a diésel y traición desde su oficina en

Guayaqui: *Un encargo chico, huevón. Plata limpia.* Clara lo vio venir: *No aceptís ese trato, Ren.* Él bromeó,no le hizo caso. Dió su número: *Por si me enfermo.* Salas rió, con un sonido que apestaba a plástico de basural quemado y traición.

El encargo era una maleta de Santiago a Huaquillas, un viaje de tres días en bus—Santiago a Arica, Arica a Huaquillas, Huaquillas a Guayaquil—lento para cruzar fronteras sin eco, cargada con ropa de contrabando y un doble fondo cosido con cinco astillas de metanfetamina, muestras para compradores. Salas, que cobraba peaje a narcos y limpiaba escenas, eligió a Renato por ser nadie, un chileno sin antecedentes con una hermana como anzuelo.

Clara, desconfiada, dejó el bar, vació su lata de café, y tomó un vuelo a Guayaquil con lo justo, persiguiendo a Renato para salvarlo de su propia soberbia. En la terminal de Huaquillas, lo alcanzó, los ojos llenos de miedo, abrazándolo, besándole la mejilla: *Vámonos, Ren. A cualquier parte. No hagamos esta huevá.* Y ahí fue cuando cometió su error. Los amenazó. *Si continúan los denunciaré.*

Pero el trato ya estaba sellado. Salas la usó como presión: *Solo uno cruza. Tú o ella.* En la frontera, bajo un sol que quemaba el asfalto, un hombre flaco, con diente de oro extendió la mano, otro con un tatuaje de serpiente en el cuello vigilaba, oliendo a sudor y tabaco.

Los sepraron.

Clara tembló, Renato la sujetó del brazo, pero el diente de oro habló: *Escoge.* Y Renato la soltó, no la empujó, la soltó, con un gesto que pesaba más que mil traiciones. Clara se quedó inmóvil, los ojos grandes grabando la traición, sin gritar, solo mirando como si el mundo se apagara.

¿Qué hicistes Renato?

Subió al coche negro, placa GPD-341, cumbia vieja sonando en parlantes rotos, y el río la esperó en La Prosperina. Renato la vio partir, pero su mente era un ventanal empañado: no entendía por qué ese rostro le taladraba la memoria, por qué esos ojos grandes le abrían compuertas a un dolor que no podía nombrar. Estaba en

shock, un velo gris entre él y el mundo, una niebla donde Clara era solo un fantasma con pulsera roja, una punzada sin historia. ¿Quién era esa chica? Se preguntaría después con su mente nublada.

Un cuchillo la apagó en el Estero Salado, Levantamiento N.º 114-ES, pulsera de hilo rojo en la muñeca, dos lunares en la clavícula, NN mujer. Para Renato, fue solo una noticia lejana, un cuerpo anónimo que el Guayas devolvía. No lloró; no podía llorar lo que no recordaba. Salas lo había quebrado bien: le talló la culpa en la carne, pero le borró la razón de esa culpa.

Cobarde, decía el tatuaje, pero no decía por qué.

Así vivió toda su estadía en Guayaquil: en una amnesia inducida por el trauma, un sueño sucio donde Clara era una sombra que se le pegaba a la piel, un nombre que ardía sin rostro, un eco de algo que no se atrevía a recordar.

Hasta que en el puente del Mapocho, el vapor de tierra removida le partió la mente en dos.

Y entonces lo supo. No como un recuerdo, sino como un golpe:

Clara no era una amante, una amiga, no era una cómplice.

Era su hermana menor.

Y él la había soltado.

Clara no cometió un error, siempre fue el plan B de Salas desde el comienzo. La había vigilado desde que Renato aceptó el encargo, sabiendo que si el huevón dudaba, ella sería la palanca. Por eso la dejó llegar a Ecuador: no la detuvo, no la escondió. La dejó seguir a su hermano, sabiendo que la usaría. Salas no necesitaba matar a Clara, pero cuando Renato vaciló en la frontera, y ella los amaenzó, el flacuchento con diente de oro le dio a elegir: o ella o tú. No era una ejecución, era una elección. Una forma de marcar a Renato con hierro caliente. Salas la mandó a La Prosperina no porque quisiera desaparecerla, sino para demostrarle que podía hacer lo que deseara.

La muerte de Clara fue castigo, sí, pero también mensaje. Y fue definitiva porque Renato, aunque no la empujó, tampoco se quedó.

La soltó. La vio subirse al coche negro con la placa GPD-341 y no hizo nada. Así selló su culpa.

En Huaquillas, la frontera respiraba con pulso de contrabando. El intercambio —le llamaban *swap* con jerga de narco menor, no *cambiazo* como en Chile, porque aquí el negocio se vestía de falsa sofisticación, de inglés prestado para operaciones sucias— ocurrió en un mercado polvoriento, entre puestos de fruta y cables pelados.

Llegaron dos hombres de camisas planchadas, impecables, absurdas en ese calor húmedo. Movimientos precisos, ojos vacíos. No hubo palabras. Uno tomó la maleta de Renato —la original, llena de ropa inocente sobre el doble fondo con las astillas de meta— y el otro le entregó otra idéntica, salvo por un arañazo diagonal en el costado, fino y profundo como un corte de bisturí. Renato, aturdido por el viaje, la deuda y el miedo, apenas registró el cambio. Su mente estaba entumecida, envuelta en una niebla gris que le amortiguaba los sentidos. Era un chico de buena fe, ajeno a los códigos del hampa, solo un tipo desesperado que quería salir de un hoyo.

No supo —no podía saber— que en el forro de la nueva maleta, cosido con hilo negro, había un módulo de rastreo. Que cada paso que diera desde ahí sería monitoreado. Que él mismo era ahora la mercancía.

Salas apareció después, emergiendo de entre la multitud como un sueño febril. Le entregó un sobre grueso —billetes que olían a perfume barato y ansiedad—, un pasaje de bus a Guayaquil y un papel doblado con la dirección de la Yerbatera.

—Llevá la maleta ahí, huevón —dijo, con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Renato asintió, la mente lenta, como si todo estuviera ocurriendo bajo el agua. El shock no le permitía conectar los puntos: las camisas planchadas, el arañazo, el rastreador. Solo veía la salida inmediata: el dinero, el pasaje, la promesa de que esto terminaría.

No se dio cuenta de que acababa de firmar su condena con esa indiferencia aturdida.

El *swap* no había sido un intercambio: había sido un trasplante. Le habían puesto una maleta infectada en las manos, y él, en su niebla, ni siquiera había preguntado por qué.

La yerbatera, en Guayaquil, deslizó un maletín pequeño con la pulsera de Clara y una nota: *El río espera. Devuélvela*, un anzuelo que olía a sangre y deuda.

El tatuaje, tallado borracho con aguja de guitarra y tinta china en Valparaíso, no decía Clara, ni Renato, sino *Cobarde*, una herida que no nombraba, solo sangraba, el *huevón* que la ciudad susurraba, su propia culpa por soltarla.

Renato se detuvo en el puente, los ojos fijos en el Mapocho, un río mudo que no rugía como el Guayas. Sacó el rosario de semillas negras, las cuentas gastadas cortándole la palma. Luego, de su bolsillo, extrajo el papel doblado que Don Gilberto le había deslizado bajo el banco días atrás. No era un recibo de Durán; era algo mucho más personal.

Era una fotocopia descolorida de un voucher de una tienda de mercería en Valparaíso. Se leía, con letra torpe de máquina registradora: *Hilo rojo — 80 pesos.* Y al dorso, en la caligrafía familiar que le atravesó el corazón: *"No aceptís ese trato. —C."*

Esa "C" era Clara. Su hermana. La misma que compraba hilo para sus pulseras en mercerías de barrio, la que soñaba con estudiar técnico en enfermería, la que le advirtió con ese papelito frágil que él guardó como un amuleto estúpido y que, al final, no sirvió de nada.

Clara no era un mito. Era la hermana menor que confió en él, que amó sin calcular, y que pagó con todo por una soberbia y unas deudas que no eran suyas.

Ató el voucher al rosario con el mismo hilo rojo, un nudo tosco y definitivo. No era un recibo de una transacción. Era la boleta de una compra inocente en un lugar que ya no existía, la prueba de un mundo que se desvaneció el día que ella subió al coche negro.

Renato ató el rosario, tosco pero firme, y lo dejó caer al Mapocho, las semillas girando en un remolino, hundiéndose como un poema que la ciudad selló.

“Perdóname, hermanita,” dijo, con la voz firme, oliendo a ozono, chamusquina y verdad limpia. Un aliento sopló, cargado de tierra removida, agua sucia a, y flores de cementerio podridas, no como absolución, sino como memoria.

Bajo sus pies, el agua gris y silenciosa corría sin el rugido ancestral del Guayas. Llevaba semanas sintiendo el peso del tatuaje en su antebrazo, una brasa que había ardido sin tregua desde su llegada a Ecuador, una palabra que su mente, nublada por el shock, se negaba a descifrar. "Cobarde". Se la había grabado él mismo en Valparaíso, en una noche de alcohol y desesperanza, antes de aceptar el trato de Salas, usando una aguja de guitarra y tinta china como acto de autocondena por las deudas que lo ahogaban.

En Guayaquil, cada vez que el olor a flores podridas —el perfume de Clara— flotaba en el aire o que una cumbia lejana sonaba desde un auto negro, el tatuaje ardía con más fuerza, como si la tinta quisiera quemarle la verdad en la piel. Su conciencia intentaba abrirse paso a través del dolor, pero su mente, para protegerse, había superpuesto el fantasma de su hermana sobre aquellas letras. Era más fácil culpar a la víctima que aceptar la propia cobardía.

Ahora, en Santiago, con el frío cortante de ese momento en el rostro, la niebla por fin se disipó. Miró su brazo y vio con brutal claridad la palabra que siempre había estado ahí: no "Clara", sino "COBARDE". Y en ese instante, la quemazón cesó. El fuego se apagó, convertido en una cicatriz fría, un recordatorio del casi hombre que había sido.

“Perdóname, hermanita… por no tener los cojones,” escupió hacia el vacío, y las palabras —nítidas y afiladas como vidrio molido— cortaron el aire de Santiago como un cuchillo ritual. No hubo respuesta; solo el zumbido de indiferencia de una ciudad que

jamás lo había reclamado.

Entonces, un viento limpio y violento —que olía a tierra recién revuelta y hielo derretido— le trajo a Clara de vuelta, no como un fantasma, sino como una presencia tangible, dura, real como un puñetazo en la boca del estómago. Y en medio de esa claridad brutal, la pregunta que siempre lo había corroído por dentro emergió intacta, como un hueso lavado por la marea:

—¿Valió la pena?—

La respuesta fue un hecho, no una palabra:

No.

Siempre no.

Pero ahora, al invocarla, el recuerdo no le desgarró las entrañas. Lo sostuvo. Era un peso firme, anclado a la tierra, como un cinturón de balas vacías.

Hacerse cargo era, al fin, el único peso que valía la pena cargar. Y eso, al menos, le bastaba.

El tatuaje ya no ardía. Era solo tinta bajo la piel, una cicatriz más en el mapa de su cuerpo. La palabra ya no lo definía; era la lápida de un hombre que se dejó morir en el fango del Guayas para que este Renato —golpeado, pero dueño de su puta verdad— pudiera por fin caminar hacia adelante, sin pedir permiso.

7

F I N

Río Guayas
MALECÓN 4
Río Guayas
YERBATERA
PLAZA
Radio Cristal
MUELLE 4
MANGLARES DE LA YERBATERA
Carretera Polvorienta
Lancha
hermán
pareda
smile fado
maletin

POSTFACIO

Escribir "El Susurro del Guayas" fue como bajar al río con una linterna rota. Cada palabra era un paso en el lodo, cada escena un cuchillo que cortaba por dentro.

Renato no es solo un personaje; es un eco de los que cargan maletas que no les pertenecen, de los que huyen de culpas que los nombran.

Guayaquil no es solo un lugar; es un dios que respira, un juez que no perdona.

Este libro no ofrece respuestas, solo verdades que queman. Si llegaste hasta aquí, lector, el río ya te observa.

Cuidado con lo que susurra.

AGRADECIMIENTOS

Al río Guayas, por susurrarme esta historia en noches de calor y lodo. A lxs vendedores del malecón, con sus trenzas y sombreros gastados, por ser testigos que no hablan.
A mi familia, por soportar mis ausencias mientras escribía en un cuarto que olía a diésel y verdad.
A los fantasmas de Santiago, Valparaíso y Guayaquil, que me prestaron sus voces.
A los lectores, por atreverse a entrar en este río sin promesas de salvación.
Y a Clara, donde quiera que estés, por no callarte nunca.

ACERCA DEL AUTOR

Edgardo Ovando es un escritor y poeta chileno, profesor de Lenguaje y licenciado en Literatura, con una producción literaria vasta y multifacética que abarca más de 120 obras, incluyendo novelas, cuentos, relatos cortos, nouvelles, antologías y poesía. Su estilo se caracteriza por una prosa cruda, poética y comprometida, que explora temas de identidad cultural, crítica social, erotismo telúrico y la condición humana en el contexto de un Chile profundo y marginado, con un enfoque en la experimentación formal, el humor irónico, erótico y el compromiso político.

Entre sus logros destacados se encuentra el: Primer Lugar en el Concurso Literario Pedro de Oña con su obra *Deseo Desierto* (2001, reconociendo su narrativa innovadora y evocadora del paisaje nortino chileno como locación para un thriller pasional). Primera Mención Honrosa en el Premio Municipal de Literatura en 1989 por su publicado libro de poesía *Con Paz de Espera*, y una mención honorífica en el Premio Roberto Bolaño en 2012 en la categoría de poesía. Además, en 2010 recibió una nueva mención en el Premio Expobici por *"Ladrón de Bicicletas"*, publicado, posteriormente, en su libro de poesía: *Bicitante en Dehli*, un híbrido de poesía y cuento que fusiona lo urbano con lo introspectivo.

Su obra refleja una combinación de desgarro social, identidad cultural y experimentación, con temas recurrentes como la crítica al sistema, el erotismo telúrico y el humor como resistencia.

Reconocido en círculos literarios chilenos por su versatilidad, Ovando ha sido antologado y premiado en concursos municipales y nacionales, consolidándose como una figura clave en la literatura contemporánea de Chile. Su bibliografía cronológica incluye obras desde los años 80 hasta el 2025, todas con ediciones independientes y editoriales como Sangre de Quito Ediciones, y se puede encontrar en plataformas como Amazon y en todas las librerías, en línea, especializadas en Chile y el mundo.

Críticas académicas destacan su estilo directo y comprometido, con reseñas en revistas como *Paula* y *Revista de Libros* que elogian su capacidad para transformar lo cotidiano en una denuncia poética.

NOTAS FINALES

(1) El Verbo del Río.

El Guayas no es solo un cauce; es un dios menor con hambre infinita. Sus aguas arrastran huesos, relojes hundidos, maletines, secretos. Lo que toca deja de ser humano y se convierte en mito. El reloj de Gaviota y las astillas de metanfetamina fueron absorbidos no como objetos, sino como ofrendas de una ciudad que se limpia a través del sacrificio. Cada corriente murmura nombres, cada remolino es un expediente cerrado por la mano del agua. En contraste, el Mapocho es un río quebrado, domesticado, incapaz de devorar. No absuelve ni castiga: refleja. Por eso Renato no ofrece sangre, sino memoria. El rosario con el hilo rojo es su confesión última: no se trata de pedir perdón, sino de declarar en voz alta que la verdad ya no puede esconderse.

(2) La Jaula de Oro.

El poder de Salas siempre estuvo en objetos: la cadena, la pistola, el uniforme. Al ser despojado de ellos, se convierte en un cuerpo más entre paredes húmedas y barrotes oxidados. Su lunar en la frente, antaño un detalle insignificante, ahora es caricatura de su caída. El eco de su voz suave, que alguna vez prometió "plata limpia", se pierde en el ruido de pasillos que nunca duermen. Los rumores dicen que otros policías filtraron su ubicación para salvarse: la misma red que él manejaba se volvió contra él. No lo destruyó la fiscalía, sino la lógica de la traición, esa corriente que fluye más rápido que cualquier río. Su verdadera jaula no está en Quito, sino en el silencio de quienes antes lo obedecían.

(3) La Yerbatera y el Miedo.

Flaca Luz, rebautizada como la Yerbatera, sobrevivió siempre vendiendo pedazos de sí misma. Cuando entregó la dirección de

Clara, creyó que era solo un susto. La culpa de ese error le arrancó las uñas más hondo que cualquier amenaza contra su hija. Al huir a Durán, carga un rosario de semillas negras que no es talismán, sino cadena rota. La ciudad la expulsó de su choza como si fuera un exorcismo. No encontró libertad, solo tregua. Cada semilla caída en el altar es un recordatorio: a veces las madres protegen a sus hijas mintiendo, y en esas mentiras condenan a otros. Su vida es advertencia, un margen oscuro en el libro central de la historia.

(4) Piel de Ariel.

Ariel cambió la gorra sudada por la camisa planchada. Ese simple gesto es el símbolo de un destierro: ya no pertenece a la calle, pero tampoco al despacho donde ahora archiva. Su valentía lo hizo libre.

RESEÑAS

Versión corta

En "El Susurro del Guayas", Renato llega a Guayaquil con una maleta que no recuerda haber empacado, un tatuaje que quema como culpa, y un pasado que lo persigue como un cuchillo. El río Guayas lo nombra, lo juzga, lo respira.

La Yerbatera, un oráculo de hierbas y sombras, lo guía hacia un abismo de traiciones. Ariel, un aliado roto, juega doble en un tablero narco. Y Clara, un rostro que arde en su piel, lo lleva al borde de la redención o la muerte. En una ciudad de diésel, manglar y sangre seca, Renato descubre que no es héroe, sino cebo. Con un estilo visceral y mítico, esta novela noir te arrastra al corazón de Guayaquil, donde el río escribe el final con tinta de ozono y verdad. Cuidado, lector: el Guayas te está mirando.

Versión larga

"El Susurro del Guayas" es un conjuro *noir* que te sumerge en las entrañas de Guayaquil, una ciudad-bestia donde el río no solo fluye, sino que respira, juzga y escribe destinos con tinta de sangre y lodo. Renato, un chileno acorralado por deudas y recuerdos rotos, baja de un bus en el calor asfixiante del trópico con una maleta que pesa más de lo que debería. No la empacó, pero su asa marcada y su contenido prohibido lo atan a un juego que no entiende. El tatuaje en su brazo, un garabato que dice “Cobarde” pero evoca a Clara, arde como un clavo al rojo, susurrando una traición que no puede nombrar. La ciudad lo huele, con su aliento de diésel, manglar podrido y jazmín podrido, mientras el Guayas lo nombra: *Renato, huevón*.

En una choza que cruje como un cadáver, la Yerbatera, un oráculo de piel curtida y ojos de brea, machaca hierbas y verdades

que cortan como machetes. Ella sabe más de lo que Renato quiere escuchar: su pasado, su culpa, el swap en Huaquillas que lo marcó como cebo. Ariel, un joven de sonrisa filosa y ojos de tiburón, juega doble entre narcos y antinarcóticos, cargando el peso de un hermano perdido en el mismo río. Clara, la sombra que respira en la memoria de Renato, no es solo un nombre: es su hermana menor, traicionada en un trato que él aceptó, su sangre sellada en La Prosperina.

Con un maletín sellado y un expediente que canta nombres, rutas y placas, Renato enfrenta un tablero donde cada movimiento es una condena.

Con una prosa que mezcla la crudeza punk, el misticismo febril y la precisión brutal, "El Susurro del Guayas" es un poema roto de traición, redención y verdad cruda.

Guayaquil no es solo escenario, es juez; el río no perdona, pero tampoco olvida. Renato, atrapado entre correr, quemar o rendirse, descubre que la libertad tiene un precio que el Guayas cobra con sangre. Lector, cuidado: este río te mira, y su susurro no miente.